

Nº23 Febrero 2024

OBRA GANADORA DEL II CONCURSO INTERNACIONAL DE ILUSTRACIÓN

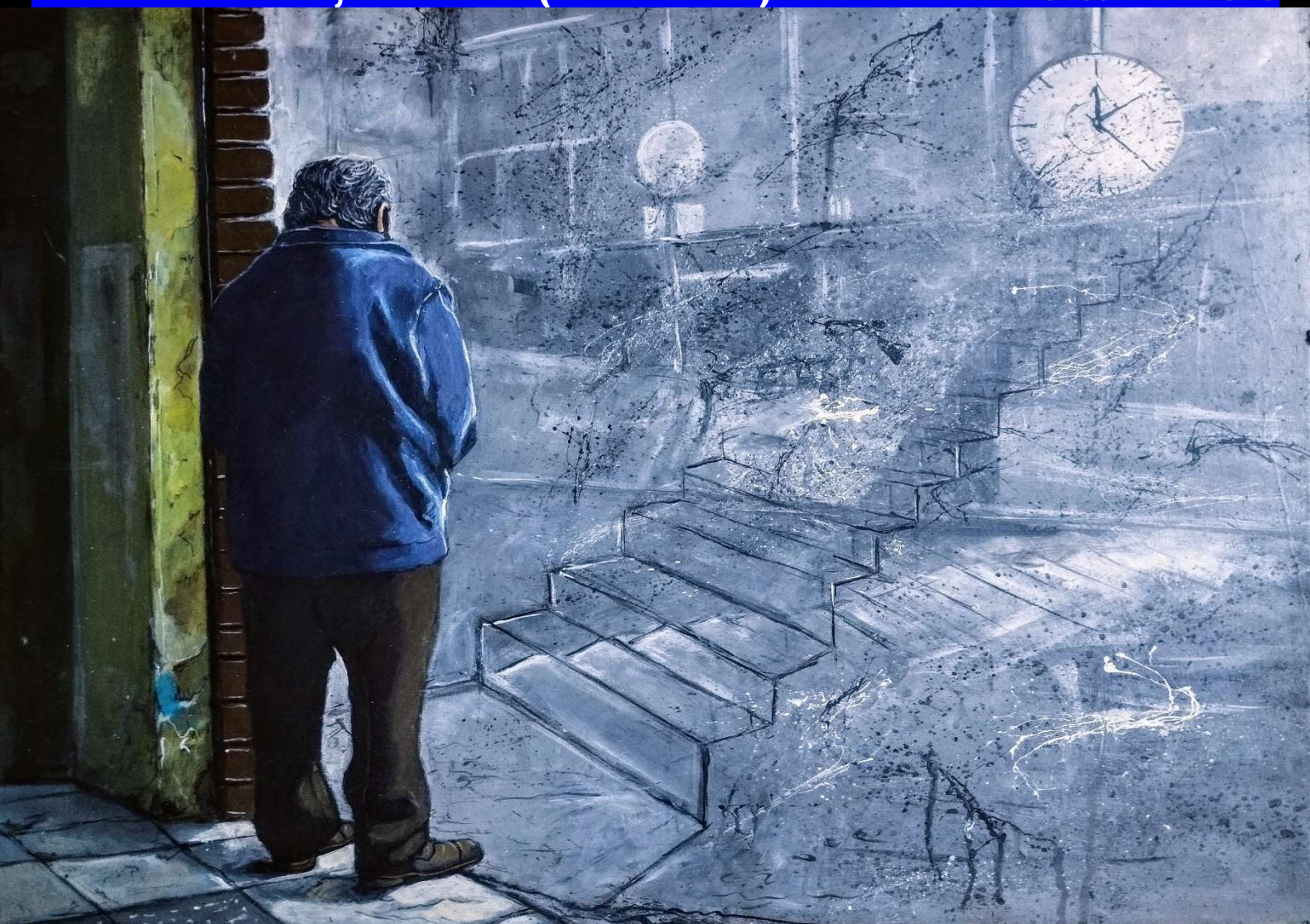
CAMINANTE 2023:

“LA ESPERA”, RICARDO VALENZUELA BALBUENA

59 AÑOS, BOGOTÁ (COLOMBIA)



En este número



SUSANA LÓPEZ ESPINOSA D'ESO D'AHÍ (RAFA CORDERO) **Premiados del concurso de ilustración Caminante 2023** CONCHA MORA OLMEDO AYELEN LEO ALONSO DRAGON MAIKEL EL RINCÓN DE CRISTIANE CABECITA DE GATO FRANCÉS ISAAC SALAS ARBE FRANCISCO ROBLES FRANK JOE DANY ADATTO **RINCÓN DE LA PATRIA CHICA** HUGO DÍAZ VALENTINA CREUS JOSÉ VICENTE YAGO SUSANA FABREGAT M^a CARMEN MARRUECOS A. CESAR ALFONSO VIÑAS REYNALDO BERNAL CÁRDENAS SOL KLICZKOWSKI ALICIA RUIZ PASCUAL ANDREA FERRIS MARTINA DONDERO ADRIANA E. QUINTANA **Visítanos en facebook: Página "Revista caminante" y participa en el grupo "revista caminante"**

II Concurso Internacional de ilustración Caminante 2023: Palmarés

Primer premio



LA ESPERA

RICARDO VALENZUELA VALBUENA

59 AÑOS, BOGOTÁ (Colombia)

II Concurso Internacional de ilustración Caminante 2023: Palmarés, Segundos premios



La sombra

Paula Lupo

34 años, Buenos Aires (Argentina)

II Concurso Internacional de ilustración Caminante 2023: Palmarés, segundos premios



A veces

Juan Gregorio Hauciart

31 años, Oviedo (Asturias)

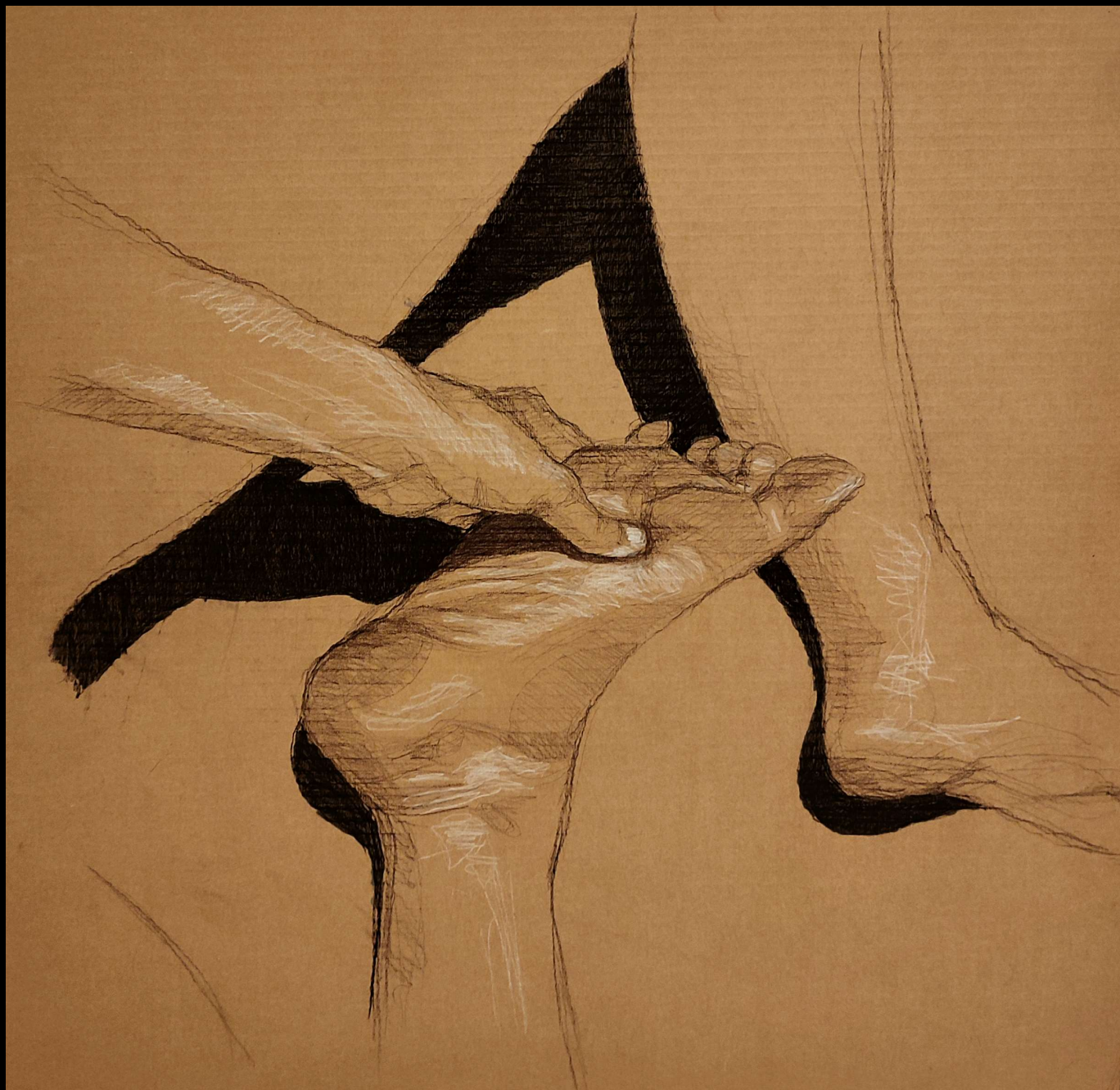
II Concurso Internacional de ilustración Caminante 2023: Palmarés, Terceros premios



Llueve sobre mojado
Desireé González Vía

39 años, Carboneras (Almería)

II Concurso Internacional de ilustración Caminante 2023: Palmarés, Terceros premios



Una piedra en el camino

Fátima Tomás Pons

30 años, Zaragoza

II Concurso Internacional de ilustración Caminante 2023: Palmarés, Terceros premios



Contracorriente

Jordi Ponce Pérez

44 años, Monzón (Huesca)

II Concurso Internacional de ilustración Caminante 2023: Palmarés, Terceros premios



Verde Nuevo mundo
Ernesto Rodríguez

37 años, Mercedes, Buenos Aires, (Argentina)

II Concurso de ilustración

Caminante 2023

palmarés

Num.	Título	Autor	estado
002	El camaleón	Desireé González Via	Finalista
003	Llueve sobre mojado	Desireé González Via	3 premio
004	Área de descanso	Andreu Meseguer Torres	De interés
005	Memento Mori	Gemma Pérez Herrero	De interés
006	Carnival	Juan David Oliveros Díaz	Finalista
009	Verde nuevo Mundo	Ernesto Rodríguez (Viko)	3 premio
013	La doncella y el ángel	Daniel Jarama de los Reyes	Finalista
015	Mil caminos	Isabel Remohí Fabiá	De interés
022	El secreto	Leonardo Carrera Algeciras	De interés
030	Hecatombe	Jesús Alberto Mendoza Márquez	Finalista
032	Retrovisor	Jesús Alberto Mendoza Márquez	Finalista
033	Querer querernos	Jesús Alberto Mendoza Márquez	Finalista
035	Sueños de barrio	Jesús Alberto Mendoza Márquez	Finalista
036	La masacre del Junquito	Jesús Alberto Mendoza Márquez	finalista
042	La sombra	Paula Lupo	2 premio
050	Mundo enfermo	Marcus Vinícius Luna dos Santos (Billo)	De interés
052	A veces	Juan Gregorio Hauciart	2 premio
054	Supervivencia	Juan Gregorio Hauciart	Finalista
096	Éxodo	David Rivas Fernández	Finalista
100	Contracorriente	Jordi Ponce Pérez	3 premio
121	Migrantes	Daiana Gisel Candelieri	Finalista
122	Saudade	Daiana Gisel Candelieri	de interés
124	Una piedra en el camino	Fátima Tomás Pons	3 premio
130	Apretados	Mar Archs Borrell	de interés
133	Cuento antes de dormir	Lucía Pérez Domínguez	Finalista
143	Se hace camino al andar	Eila Herrero Gil	De interés
149	Retrato de luces en renfe	Juan Molina Trillo	finalista
154	Contemplando la magia del presente	Jorgelina Sol Piccolella	De interés
195	La espera	Ricardo Valenzuela Balbuena	1 premio
198	Liflor	Ithaysa Cabrera	De interés

Los premios empezarán a pagarse a partir del 25 de febrero



CON VOZ DE MUJER

SUSANA LÓPEZ

ESPINOSA

EL NIÑO Y
EL VIEJO

Se cansó de jugar con la paleta. Se dijo: -un gol más y basta.- Le dio fuerte, muy fuerte y al parecer se cumplió lo que deseaba: la pelotita salió zumbando y pasó airosa la pared que recibía los golpes y fue a parar el jardín del vecino. Nada menos. Ya no le quedaban más pelotas para entretenerse o sacarse la furia de no saber qué más hacer

Ahora todo había terminado. Un grito lo paralizó entonces. Y una voz gritó de modo estremecedor: - Esta no te la perdono más. Ya tengo diez pelotas tuyas, chiquilín indecente, pero esta me pegó demasiado fuerte en la cabeza como para que te perdone. Ya no más.

- Luis quedó petrificado. Había dado en el blanco. Pero el

blanco era humano Hizo lo que no debía hacer:

Le gritó - un perdóneme señor- tres veces seguidas y después no conforme con eso se trepo el muro no tan alto rompiéndose de paso los pantalones. Entonces vio lo que en su vida hubiera querido ver: al viejo a quien todos temían, agarrándose la cabeza o más bien un ojo y con el otro mirando con llamas de fuego al autor de la terrible ofensa, además del antejo hecho trizas. La desesperación le dio fuerzas como para acercarse al damnificado y tratar de excusar lo que sabía que no la tenía; le sacó cuidadosamente los antejos rotos, retiró el mechón blanco que tapaba el ojo sano y le pidió otros cientos de veces perdón por su falta de tino.

El viejo, don Pedro para el barrio que lo conocía en sus arrebatos, se fue calmando, y mirándolo con su ojo sano le preguntó quién era y qué pretendía con esas andanadas peligrosas que enviaba todo el día y a toda hora. Luis, tartamudeando explicó como pudo: era el nieto de doña Camila, lo había acogido mientras sus padres viajaban a España por una severa alarma: el padre de su padre estaba muy enfermo; se temía por su vida, no tenía quién lo cuidara. .

Don Pedro, poco a poco se fue calmando, escuchó con atención las excusas y al fin lo perdonó, pero muy a su manera: para recibir el perdón y recobrar todas las pelotas secuestradas, tenía que pagar una multa diaria de dos horas de trabajo en ese que llamaba su jardín, pero que en realidad era una selva tropical, enmarañada y

sin forma por donde no se podía ni caminar, salvo por algún senderito estrecho y al parecer peligroso por los altos arbustos y lianas que lo había invadido. El chico, agradecido y todavía tembloroso del miedo que aquel viejo le producía, asintió y preguntó a qué hora debía ir. El viejo se la indicó y amenazó con ir hasta su casa si no cumplía y denunciarlo ante su abuela, con las consecuencias imaginables.

Por supuesto, el chico estuvo media hora antes de lo prometido el día siguiente. Tuvo que esperar sentado en la pared de su desgracia hasta que don Pedro apareció, con su mate y su pava en una mano y en la otra con una pala bastante grande. Con poquísimas palabras le explicó lo que quería: despejar los caminos de tal modo y perfección que se pudiera bailar en ellos. Pero se encontró con un grave inconveniente: el chico nunca había tenido una pala de ese tamaño en sus manos y, se comprobó además que ni siquiera podía con la mediana.

Y aquí viene lo inesperado: don Pedro, que lucía mucho mejor que el día anterior, limpio, peinado y con otros anteojos, no pudo menos que reír al ver al pobre chico, en verdad más chico que la pala, y ¡milagro!, se la sacó de las manos y lo convidó con mate. A partir de allí se estableció una relación que fue virando poco a poco con el tiempo hacia la amistad entre ellos. Por supuesto le dio otra pala más chica, le enseñó a manejarla y...pasaron un rato agradable ¡hasta se rieron juntos!. Increíble. Luis encontró otro destino para sus vacías mañanas y Pedro tuvo por fin un atento escucha de todo lo que él había acumulado de experiencias, datos e historias en su larga vida solitaria.

Por su parte Luis fue conociendo con los días el misterio, para él, de cada planta o arbusto: sus bondades o peligros. También Pedro le fue mostrando cuáles eran peligrosas, cuales benéficas, dadoras de frutas o verduras, es decir, de vida y salud. Cada día el chico se quedaba más tiempo: tomaba mate y escuchaba historias de vidas extraordinarias o malignas, o contaba él con qué dificultad o novedad se había encontrado en los infinitos recovecos de ese “¡jardín!” salvaje y descuidado, que poco a poco se iba emprolijando gracias a la palita chiquitita con la que trabajaba incansable.

Pedro, como ahora se atrevía a llamarlo, sin el Don del principio, le descubrió otros mundos inimaginables: esa casa era repositorio de múltiples historias: cómo se había construido con penas y sacrificios, por sus tatarabuelos o algo así, casi contemporáneos, entendió el chico, de los primeros pobladores de Buenos Aires. Contó Pedro de los increíbles ataques de indios, de la defensa valiente de los españoles, muy pocos para parar la furia de los ataques que ocurrían en cualquier momento, pero sobre todo por las noches. El chico gozaba con esas historias, más que de los relatos de amores y amoríos que también mezclaba Pedro en su relato.

A ese todavía maleable ser en un mundo en que nadie le llevaba el apunte, lo informaba, hasta con gestos exagerados de experiencias que él conocía muy bien y eran fundamentalmente dos: la historia de sus antepasados, tal como se había transmitido a través de la memoria de muchos ya muertos y re muertos y sus experiencias personales de hombre que no recorrió mucho el mundo, sino libros que había leído muchas veces, mezclando a veces historia con los conocimientos personales de la vida vegetal que lo rodeaba y que a veces parecía que podía atraparlo y hacerlo desaparecer.

El chico era dócil y un gran escucha, y pasó fácilmente de la pasión que sentía por los autos que arreglaba su padre, a escuchar con atención trozos de historia argentina, quizás un poco revueltos ya en la cabeza de Pedro. Le apasionó el recuerdo de los nacidos ya en esa tierra, cuando eran muchas las generaciones que habían conquistado poco a poco el suelo en el que querían vivir. La historia de la Revolución de Mayo le encantó y le pedía que la repitiera, a lo que Pedro accedía encantado de la vida, y le fue poniendo más detalles de los

**sus experiencias
personales de hombre
que no recorrió mucho el
mundo, sino libros que
había leído muchas veces,
mezclando a veces
historia con los
conocimientos personales**

que recordaba anteriormente aunque también era posible que inventara o exagerara un poco llevado por el entusiasmo suyo y del chico.

A pedido repitió muchas veces la historia de un tío lejano o algo así, que llegado de España joven, en poco tiempo se había enriquecido comprando y vendiendo artículos que se hacía traer por barco. Era un hombre joven, buen hombre, decía Pedro, pero la ambición pudo con él hasta el punto de guardar el dinero ganado y no querer compartirlo con nadie. En la familia se contó esta historia por generaciones: la del hombre que atesoraba monedas de oro sin compartir con familia.

la sospecha que pronto se convirtió en leyenda, de que en su precipitada huida no habrían tenido tiempo de llevarse el tesoro que habían ahorrado

Pero cuando llegó el momento de que los criollos se quisieron sacar de encima el poder y la tiranía de Reyes y Virreyes españoles, resolvió en un solo día huir de esa Buenos Aires amenazadora para todo aquel que hacía buenas migas con los odiosos dominadores y escaparse rápidamente. Partieron él y su esposa, quizás hacia la lejana Córdoba, sin siquiera pensar en el equipaje, según se recordaba esa historia y sin despedirse de nadie: un amanecer desaparecieron dejando ropas, muebles y hasta la casa, esa misma casa en la que Pedro contaba la historia a Luis, en manos del que quisiera aprovechar lo que quedaba.

Alrededor de esa fuga se fueron tejiendo historias entre los parientes que se adueñaron de ella. Nunca se supo nada más de la pareja española, pero se empezaron a contar toda clase de anécdotas supuestas y deformadas.. La más importante fue desde entonces la curiosidad de los que la ocuparon, acerca de las numerosas pruebas del apuro debido al terror que sintió el español casi recién llegado, de aquel REY tan lejano que pretendía eternizarse en aquellas lejanas tierras. La principal y desde entonces más importante de las tareas que asumieron los que quedaron, fue buscar el tesoro o los tesoros que el español había dejado atrás para salvar su vida y la de su mujer. A tal efecto, contaba Pedro a quien le hacía mucha gracia esa quemadora ambición, recorrieron, atacaron cada rincón sospechoso del enorme caserón sin hallar nada parecido a un tesoro escondido. Luego, amargados y descontentos buscaron en el enorme bosque o “jardín” como le gustaba llamarlo a Pedro y para eso arrancaron plantas, cortaron árboles y hasta deshicieron caminos dejando tras de su trabajo un terreno deshecho, deforme y mustio.

Y, esto era lo que recalca Pedro, la sospecha que pronto se convirtió en leyenda, de que en su precipitada huida no habrían tenido tiempo de llevarse el tesoro que habían ahorrado: muy pesado, porque el joven avaro español, atesoraba con fiebre onzas de oro. Por supuesto la historia del oro acumulado pasó de generación en generación y no faltaron los que dieron vuelta la amplia casa, exploraron todos sus rincones sin éxito y entonces, muchos pensaron que habría buscado enterrar su tesoro en el exterior, en un pozo cavado quien sabe en dónde. Revolvieron cielo y tierra sin éxito alguno. Bueno: A partir de charlas, mates compartidos, e historias bien contadas, las cosas, las vidas fueron más entretenidas y placenteras: el cascarrabias empezó a hablar con suavidad y Luis pudo contestar sin temblar.

De esta accidentada manera se conocieron e intimaron don Pedro y el lanzador de pelotas. Prosiguieron las averiguaciones, reclamos, consejos de don Pedro, que al final no resultó tan ogro como el barrio lo presentaba, ni tan viejo ni gruñón como el pueblo lo proclamaba. Y entonces se inició una especie de amistad rara entre ellos. Don Pedro averiguó todo lo que Luis podía decir de su familia ausente, pero insistió mucho más en la causa de la manía del chico de estar azotando mañana y tarde la pared divisoria. Luis contó la verdad: no conocía a nadie, la abuela no hablaba casi nunca...etc. Tampoco dijo que no leía porque ni le gustaba leer ni en que en su casa no había más libro que una Biblia vieja y amarillenta e intocada.

Don Pedro encontró al fin una posible tarea para sus largos días: tenía por delante a un chico (ya no niño) puro como un buen salvaje no comprometido con la cultura y revistas sensacionalistas. E ideó un plan que ya tenía en su cabeza: formar a ese chico en una verdadera cultura a partir de cero: enseñarle a hablar, de qué hablar.

Abrirle los ojos a la historia de su patria, que él conocía tan bien, a la geografía de ese maravilloso país que tenían la suerte de habitar y...y... tantísimas otras cosas que él había imaginado para darle a esos hijos con los que había soñado sin haberlos tenido.

La propuesta fue clara: a lección por día. Sin fallas. No importa que le gusten o no las tablas de multiplicar, dividir, la raíz cuadrada, o las batallas de Belgrano o de San Martín.

Pero Luis había hecho los 7 años de primaria, sabía leer y escribir... ¿o no? Pareciera que no. Pero inteligencia no le faltaba; el chico tenía muy claro lo que quería ser o hacer: arreglar autos como lo hacía su papá y un día poder manejarlos y disputar carreras y ganarlas. Y basta. Nada más

Entre la chala verborrógica de Pedro y los trabajos con la dichosa pala transcurrieron días y días. Luis fue poco a poco encariñándose con su tarea de “arreglador” del “jardín” y con cariño fue arrancando yuyos, plantas secas y poniendo en esos lugares retoños nuevitos que salvaba ya como todo un experto. Mientras sus brazos se hacían musculosos y las manos se agrandaban y encallecían, tenía mucho tiempo para repensar todas aquellas historias medio enmarañadas que le ofrecía Pedro con los mates de los momentos del descanso. Cuando Luis levantaba la cabeza de la zanja encontraba lugares para plantar, y otras veces, alguna curiosidad que la pala levantaba: restos de ropa, diarios ya ilegibles, algún juguete infantil resecaado e inservible. Con todo se entretenía e ilusionaba de alguna manera. O sí no, miraba el cielo azul o gris, o los árboles que debía rodear sin tocar por orden expreso del señor dueño de casa.

Una vez le llamó la atención un árbol medio reseco, con tronco rugoso y seco, solitario, junto a la pared final del dichoso jardín, sin plantas que lo rodearan. Pensó que podría reemplazarse por algún otro con más copa verde para sentarse a descansar en los días calurosos. Lo comentó con Pedro, que le contestó inmediatamente que ese ombú que el chico rechazaba por poco agraciado era realmente el fundador de la casa y le explicó que era la joya de la llanura inmensa, descanso de viajeros fatigados, y bastantes cosas más. Luis agachó la cabeza y sin dejar de pensar que ese ejemplar era un adefesio, decidió tratar de arreglar un poco el dominio del “ombú”, palabra que por primera vez escuchaba.

A la mañana siguiente, con su pala querida se acercó a la zona muy descuidada y empezó a excavar la tierra seca para arrancar las pocas plantas sin gracia que cercaban al “ombú”. Noto que la tierra reseca presentaba unos desniveles, como unas torrecitas sin gracia, y que deberían haber sido levantadas con algún propósito. Decidió alisarla y quizás sembrar alguna planta un poco más expresiva. Empezó por la torre más alta: metió la pala con decisión y fuerza y no pasó nada. Pudo más la tierra que la pala. Se puso furioso y sacudió unos palazos con toda la fuerza que tenía; ganó la torrecita que rompió la pala alegremente. Luis entonces, sacó el cuchillo que llevaba en la cintura, se agachó e intentó darse cuenta de la causa que había provocado la pérdida de “su” pala. Se agachó y empezó a hurgar en esa tierra que parecía cemento. Mucho le costó; la tierra empezó a ceder y a mostrar que algo ocultaba.

Fue tremendo luchar con la tierra que en verdad era casi piedra inexpugnable: poco a poco fue apareciendo una caja, pero no era caja, sino una especie de valija o secreter bastante grande y, constató la cerradura metálica, oscura, llamativa.

Por fin pudo sacarla, sudoroso y bien cansado. No era para menos: la caja era de hierro, muy estropeada por años, o quizás siglos y no la pudo abrir. Se alegró mucho, muchísimo por haber tenido una idea propia, pero luego, mirando la tremenda caja cerrada, pensó en lo que quizás Pedro habría ocultado allí, si querer que nadie más supiera de su existencia.

**A la mañana siguiente,
con su pala querida se
acercó a la zona muy
descuidada y empezó
a excavar la tierra seca
para arrancar las pocas
plantas sin gracia que
cercaban al “ombú”**

Sin fuerzas ya, tiró la pala y se tiró también él en la misma tierra empapado de transpiración.. No supo qué hacer aunque lo pensó largamente. Ya no tenía arreglo. Ni pensar en enterrarla nuevamente; no había fuerza humana capaz de volver a esa monstruosidad a su tumba. Entonces no había otra cosa que contar todo el episodio extraño, sin dudar y con firmeza que en realidad no tenía, a Pedro que ya lo llamaba insistente para compartir el mate de la tarde. Así lo contó todo de un tirón y casi sin respirar, esperando que Pedro lo dejara pasar como si fuese cosa ordinaria eso de encontrar cavando donde nadie le había que lo hiciera y encontrando lo menos esperable: un baúl cerrado con más de siete llaves

Casi sin escuchar las últimas palabras vacilantes ahora de Luis, empezó a gritar como loco, agarró al chico por el cuello, casi ahogándolo. Y lo arrastró sin ceremonias al lugar que Luis le señalaba, ahora tembloroso y pensando que se había metido en un fenomenal lío.

Llegaron, Pedro tiró al chico y al ver lo que éste le señalaba, se puso a bailar como un loco furioso alrededor de la caja o baúl o lo que eso fuera, gritando cosas sin sentido y riendo y llorando a la vez y ahora sí abrazando al chico casi hasta ahogarlo.

-Has encontrado el tesoro- aullaba Pedro una vez tras otra sin parar de bailar y cantar y gemir y llorar.

Luego, un poquitito más calmado, lo abrazo y beso mil veces por lo menos. Y sí, era cierto: había hallado “El” tesoro”, o una parte o... Abrió o quiso abrir la cerradura primero a patadas, luego con las manos, luego... Tampoco pudo. Entonces se calmó, respiró hondo, muy hondo y casi ahogó a Luis con abrazos y besos. Y felicitaciones, mil o unas cuantas más. Se fue y vino con sus cientos de llaveros que cuidaba con pasión y esmero. Algo se palpitaba este viejo zorro de Pedro, que nunca había tirado una llave así fuera viejísima o estuviera torcida. ¿Alguna ilusión? Seguramente. Pues bien, una de esas viejas y torcidas llaves quién sabe de qué siglo eran, de qué bolsillo se había caído, esa llave hizo “clic” y la tapa de esa especie de caja fuerte se abrió como por arte de magia. Y como si tuvieran vida, empezaron a caer sobre ese suelo pedregoso y sucio muchas monedas grandotas, pesadas, oscuras...

Luis, el chico de la paleta y la pelota, el temeroso y luego simpático Luis, el trabajador incansable y cuidadoso cebador de mate, el aburrido y sin amigos, el ángel que le había caído del cielo buscando una pequeña pelota, había encontrado el prodigioso tesoro oculto durante siglos por un estúpido avaro que ni siquiera había buscado un lugar decoroso para tan tremendo obsequio que tocó a quienes Dios seguramente había destinado.

SUSANA LÓPEZ

Buenos Aires, Argentina

Visite la web del editor

<https://escritordaniel.es>

Editorial El concurso

La Revista de creación literaria y gráfica Caminante es una publicación gratuita que se define desde los valores democráticos de participación pretendiendo demostrar que en todo ser humano existe algo de chispa artística de calidad que puede ser reflejado en ella a poco que lo trabaje. No publicamos todo, pero nuestro criterio de calidad es lo suficientemente amplio como para que en ella quepan sensibilidades diversas y pareceres complejos que contribuyan a pasar un buen rato enriqueciendo al lector. Sobre estas premisas se ha convocado la segunda edición del concurso de ilustración Caminante 2023 que ha tenido un alcance internacional con la participación de 199 obras de 108 autores de 12 países, lo cual como editor considero un buen logro y mérito para una publicación que aún no tiene un gran alcance pero que cree firmemente en su propuesta, siempre al margen de chabacanerías y del circo social. También hemos conseguido un jurado semiprofesional con buenos ejemplos de artistas consagrados que guían la elección, que no ha sido fácil.

Evidentemente los pareceres de ese amplio jurado han sido muy dispares conforme a la diversidad de obras presentadas. Cada cual hace una elección completa según su criterio y luego se contrasta con los demás miembros del jurado. De las 199 obras presentadas, solo unas 80 tenían la calidad suficiente como para optar a algún premio o a la condición de finalista, según mi parecer. Esto no debe desanimar a nadie que esté en el camino de querer ser artista y vivir de ello. Pero cada artista no puede inventar el arte como si antes de él no hubiera habido nada y como si el público careciera de antecedentes que le hicieran hacer una buena valoración. Se demuestra que cada loco con su tema, que dijo el poeta, y que muchos artistas están en un camino de sombras difícil que deberán superar o reorientar. El objeto de mis palabras no es desalentar sino guiar en un camino donde ya existe una senda y es difícil hacerse un hueco.

Por supuesto enhorabuena a los premiados y a los finalistas. Lo hemos pasado muy bien recibiendo las imágenes y estudiándolas, con gozo en la mayoría de las ocasiones. Hubiera querido dar una cantidad mayor de premio, pero ello no es posible en tanto no tengamos uno o dos patrocinadores. En cambio, son varios los artistas que reciben al menos un pequeño empuje a su labor: como el Gordo de Navidad, está muy repartido... Además aunque una obra no puntúe alto en el concurso, las formas de hacer del artista o el tema tratado pueden ser de interés de la revista, que no quiere en absoluto descuidar su parte gráfica. Como ejemplo de ello tenemos ya a un colaborador habitual que pueden ver en la siguiente página.

No sé si habrá un tercer concurso de ilustración Caminante 2024. Mi vocación es que sí pues lo paso muy bien con las obras, con la valoración del jurado... Pero sin apoyos concretos de entidades y empresas se hace difícil hacer este camino. Lo pido como un deseo, pero son pocas las opciones. Una cosa distinta es que todo el público de la revista Caminante ha podido saborear la totalidad del concurso y seguirlo según se iban completando las fases. Esto me deja realmente satisfecho. Ojalá podamos continuar.





Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº23 Febrero 2024

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 44 páginas
a todo color. Precio: 8 euros
Distribución gratuita via email a los 5 continentes,
previa solicitud. 450 lectores directos,
3108 seguidores en facebook

La Revista Caminante
no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.

ESE D'ESO D'AHÍ



EL ENCUENTRO

Concha Mora Olmedo

Caminó por la alameda procurando no llamar la atención. El sol estaba ya muy bajo y pronto las sombras de la noche le ocultarían ante los ojos de los pocos transeúntes con los que se cruzara. Es posible que le estuvieran buscando, era lo más lógico, pero ¿cómo conseguir que tuvieran una idea de dónde encontrarle? Recordaba haber caminado mucho tiempo hasta llegar a una fuente en la que saciar su sed. Por fin la había localizado en el paseo que ahora transitaba. Menos mal que no había demasiados paseantes: algunos niños jugando con su bicicleta; las niñeras que los vigilaban y personas ancianas que caminaban lentamente disfrutando de la frescura del río y la alameda.

Toda su odisea había comenzado esa misma mañana. El aparato daba muestras de no funcionar demasiado bien, hasta que, poco después, tuvo que lanzarse al vacío ante la inminente caída del ingenio volador. Justo antes de abandonarlo se había intentado comunicar con sus compañeros pero no había recibido respuesta. No tuvo más remedio que saltar fuera de la nave, hasta caer en mitad de un campo arado. Buscó con la mirada una altura del terreno desde donde otear el horizonte. Pero, vana esperanza, no había visto ni rastro de la flotilla. Sí pudo ver, en cambio, a lo lejos la silueta de una pequeña ciudad. Debía llegar a ella. Necesitaba beber. Pero, ¿cómo pasar desapercibido? Su ropa era demasiado llamativa y sus rasgos faciales demasiado alargados.

Caminó todo el día y ya cerca de la población fue a dar de bruces con una granja. Se metió en el granero, observando que los dueños estaban en el campo, y encontró, colgados de un gancho, un mono de trabajo y un sombrero de paja. No era la vestimenta más adecuada pero, por lo menos, le haría pasar desapercibido

Cruzó las calles de la ciudad hasta dar con la fuente en la que ahora estaba bebiendo. Cuando calmó su sed miró alrededor y, entonces, la vio. Ella estaba ahí, sentada en un banco a la orilla del río. Una suave brisa que movía las hojas verdi-plata de los álamos jugaba, también, con su pelo rojo. No obstante, lo que más le atrajo de ella fue la vieja tonada que canturreaba y que le trasladó a momentos más atrás de su propio nacimiento. Una música ancestral que traspasaba el espacio y el tiempo. Ya no importaba que le hubieran abandonado y se hubieran marchado a su lejano planeta.

El tiempo no jubila

Ayelen

La mujer corre como si la vida consistiera de ello.

Su garbo es tan distinguido que hasta un tropiezo de su parte se vería elegante, el viento primaveral choca con su abrigo de piel negro y su melena bermeja danza junto al viento, la dama tiene prisa, se le nota en sus ojos, no los despega del horizonte, en donde se desprenden llamas anaranjadas de la floresta, derramándose por todas las colinas vecinas, la mujer empieza a correr con letargo, porque sabe que su amado está muerto entre la maleza, recostado entre las camelias carbonizadas, su sombra se extiende hacia atrás, muy dilatada, sus orillas se tornan nebulosas, y unas pequeñas lágrimas, por no decir diminutas caen finas por su rostro, sin titubear las seca con rabia. El fuego se controla y las personas se alteran, saben que los cuerpos están siendo quemados, como una ofrenda para los dioses. Sin embargo, el día esta dibujado de un azul claro, detrás del caos ha salido el sol y el aire no es tan frío, la mujer se queda de pie, agarrada de su bolso, como si este fuese su único sosiego para no derrumbarse, aunque por adentro ella ya lo había hecho hace mucho tiempo.

Navidad de 1999- Katze Hoffman

Parte uno

Nueva York se encuentra repleta de cosas admirables.

El arte inunda la ciudad de cultura clásica y moderna a la misma temporalidad, aunque lo que más le gusta a Katze es su tamaño, se crio en una pequeña ciudad en el cual avanzabas una cuadra y conocías la mitad del pueblo, pero sin empaparte todos sus enigmas. En ciudades como Berlín, Calcuta, Delhi o Nueva York uno no tiene por qué abarcarse, no tiene que dar diminutos bocados para que la sorpresa perdure. Son ciudades que pueden engullir con rapidez, que puedes embullar cada día y aun así quedarse sin respiración.

Es la clase de lugar que juras conocer, pero cada vez que los récores, entre callejón y callejón la emoción dentro del estómago empieza a aumentar hasta querer nunca desprenderse del lugar, otro acceso se da a conocer.

Desde la vereda izquierda se contempla el gigantesco árbol de navidad del Rockefeller Center, un abeto Noruego de casi 83 pies de alto, las familias y almas solitarias se reúnen alrededor de este como un símbolo de esperanza, para

recordarnos que Jesús bajo a la tierra para la reconciliación humana, personalmente ella nunca fue cristiana, pero siempre supo que si la gravedad fuese mayor, todo el universo se convertiría en una pelota, yéndonos al otro extremo, si la gravedad fuese menor los planetas y estrellas se dispersarían, creando el caos, ya que colapsarían. Entre la fuerza electromagnética y energía nuclear no fuese de 1% no existiría vida, es decir ¿Qué tan probable es que sucediera de manera natural? No piensa que dios exista, pero si un creador legítimo, uno que no nos desea pobreza ni tiranía, sino paz, por eso es que el árbol de Rockefeller es inmenso, porque nos hace creer que la balanza sigue nivelada entre justicia y libertad en el mundo.

Después de tantos años, Katze creía tener asumidas las curiosidades del tiempo. Creía haber hecho las paces con él, o encontrar la manera de coexistir libremente; no es que fueran amigos íntimos, pero ahora sabe que no son enemigos, pueden caminar a la vez sin ningún tropiezo.

Katze es inmortal, y ella lo sabe más que nadie, y no es fruto de ningún pacto con los diablos ni reina de los 7 reinos naturales, al contrario, tiene una amistad con el tiempo, una amistad más fuerte que ningún otro ser, el tiempo necesita de ella, y ella de él, no pueden vivir si no están el uno para el otro. Otro cumpleaños celebra en la soledad de los acantilados, aquellos azulados y rocosos, así como un trampolín en medio de la nada, esperando a alguien para desplomarse.

Katze piensa en el mar, fuerte y potente, y creer que habría muerto sin conocer las aguas del Atlántico, tal salinidad aparenta ser serena, ella se sitúa ahí, en las costas agrietadas y tenaces, con su vestido de tela blanca con su libro de Wilde abrazado contra su pecho, protegiéndolo de las tenues lloviznas que empezaron a precipitarse hacia ella, la mujer levanto la mirada hacia el cielo, una sonrisa se le dibujo en su rostro al sentir como el agua caía en su frente, le encantaba sentirse viva, olvidando su maldición y lavándola con agua limpia, esperando algún día poder ser parte del Atlántico, mezclarse con él y crear un solo ser.

Ella esconde a su hija debajo de un atrapa sueños, en un desván lleno de humedad, las goteras se hacen más fuerte a medida que avanza el invierno,

Parte dos

Invierno de 1824-Condado de Heidelberg

La muerte toca la puerta de una mujer viuda.

Ella esconde a su hija debajo de un atrapa sueños, en un desván lleno de humedad, las goteras se hacen más fuerte a medida que avanza el invierno, pero a ella solo le importa que su hija no la despertara la horrible visita, esta se pasea libremente buscando una señal de vida, encontrado a su próxima víctima para tacharla de la

lista. La madre tiene miedo, los círculos negros debajo de sus ojos han empezado a crecer, aquellos están grandes y rojos, como si ácido rebalsara en sus ojos, ese es el único recuerdo vivo de Katze hacia su madre, miedo y pánico, sensaciones que están siempre ahí, en momentos más fuertes que otros, pero Madeleine Hoffmann era una mujer temerosa de la vida, agarrada de su hija de diez años como si ella fuese su salvación, y la muerte detrás suyo, el Teufel recita palabras indescriptibles en lengua Alemán mientras la mayor de las Hoffmann tiritaba del terror, sintiéndose viva en el último segundo de aquella, hasta que muere en los brazos de su hija, protegiendo a esta de la maldición, o es lo que creía al principio, porque el amor de madre traspasó, al igual que el hechizo, solo que en vez de hundirla, la hizo fuerte más que otro ser humano, hecho que la traumatizó y la versado hasta que dejó de haber agua en sus parpados y florecieron camelias.

Olvido el suficiente tiempo, que desmemorio por qué necesitaba hacerlo. Ahora son solo vagos recuerdos de su madre, por no decir pocos, está sola en una vida que no se siente digna de vivir. Katze es una mujer solitaria, a pesar que no le gusta sentirse desierta, le encanta su propia morada, aquellos hilos invisibles que la pueden proteger de cualquier mal atravesado, pero ella sabe que el demonio está a su lado derecho, juntos, han recorrido toda la costa del Mediterráneo, descubrió nuevas culturas con la palma de la mano, probo, saboreo y desenmascaro. Cuando se decidió dejar Alemania, su país natal, cuestiono que la vida era muy aburrida para pasarla en un lugar predeterminado, con más razón, un mal a su costado, así que fue libre por algunos días, embarcándose hasta que el euro no le alcanzase ni para el pan. De esta manera, revolcándose en las pampas más verdosas, durmiendo en graneros clandestinamente, ella pensaba en su madre en reiteradas ocasiones, en plena naturaleza, recogiendo semillas y tomando agua de los riachuelos, Katze se sitúa ahí, en plena vida, pensando en las vueltas de la viveza, ¿Qué iba hacer en un país que ni siquiera conocía el idioma?

Al preguntarse aquello solo le quedo suspirar, y contemplar las bandadas de aves. Recorrió la bota de Italia completa, llegó a sedimento francés apenas, corrió, trote, camino y en una oportunidad gateo, suplicando agua a los dioses, en lugares tan desiertos que ni siquiera Napoleón se atrevería a cruzar, reflexiono más de lo que pudo, en las noches escuchaba al demonio reír a carcajadas, burlándose en Alemán, un idioma agresivo cuando quiere, por más que se tapara los oídos, parecía que estaba dentro de su cabeza, o peor, introducido en su corazón, aquel pensamiento la calcinaba, el recelo abate cada capa de piel hasta dejarla descalza, perdiendo cada neurona por cada paso o suspiro entrecortado que daba, A pesar de su caos interno, avanzaba, de alguna u otra forma lo hacía, lenta pero muy segura, sus piernas la condujeron a un puerto, rodeado de tanta agua que la Katze casi se precipita, pero no lo hizo, porque sus ojos se desviaron a la enorme embarcación, con destino a Nueva York, sus ojos brillaron de esperanza y su boca se curvo en una sonrisa, porque ella vio futuro en tablas de madera.

Y pensar que ahí parada, observo su futuro impredecible, sin poder sostenerse por sí sola, aferrada a una baranda, y el viento pasando por su rostro, ella pudo sonreír, algo que no lo experimentaba hace años. Katze Hoffman embarco, se conoció en la gran manzana, pero también experimento mariposas en su estómago, tímidas, pero potentes, así era ella, una mujer que podía vivir sin cansarse, admirable la actitud que tubo al aferrarse a la vida, por más lo difícil que se pusiera, ella más que nadie sobrevivió a las adversidades, con su amigo tiempo, cada vez que lo recuerda, sonríe, porque ya no puede dejar de hacerlo, porque ahora no es solo ella contra el mundo, ahora es ella y el, al igual que el tiempo, los dos se volvieron inmortales, ya no era una sensación de rechazo, ya que aprendió a vivir con él.

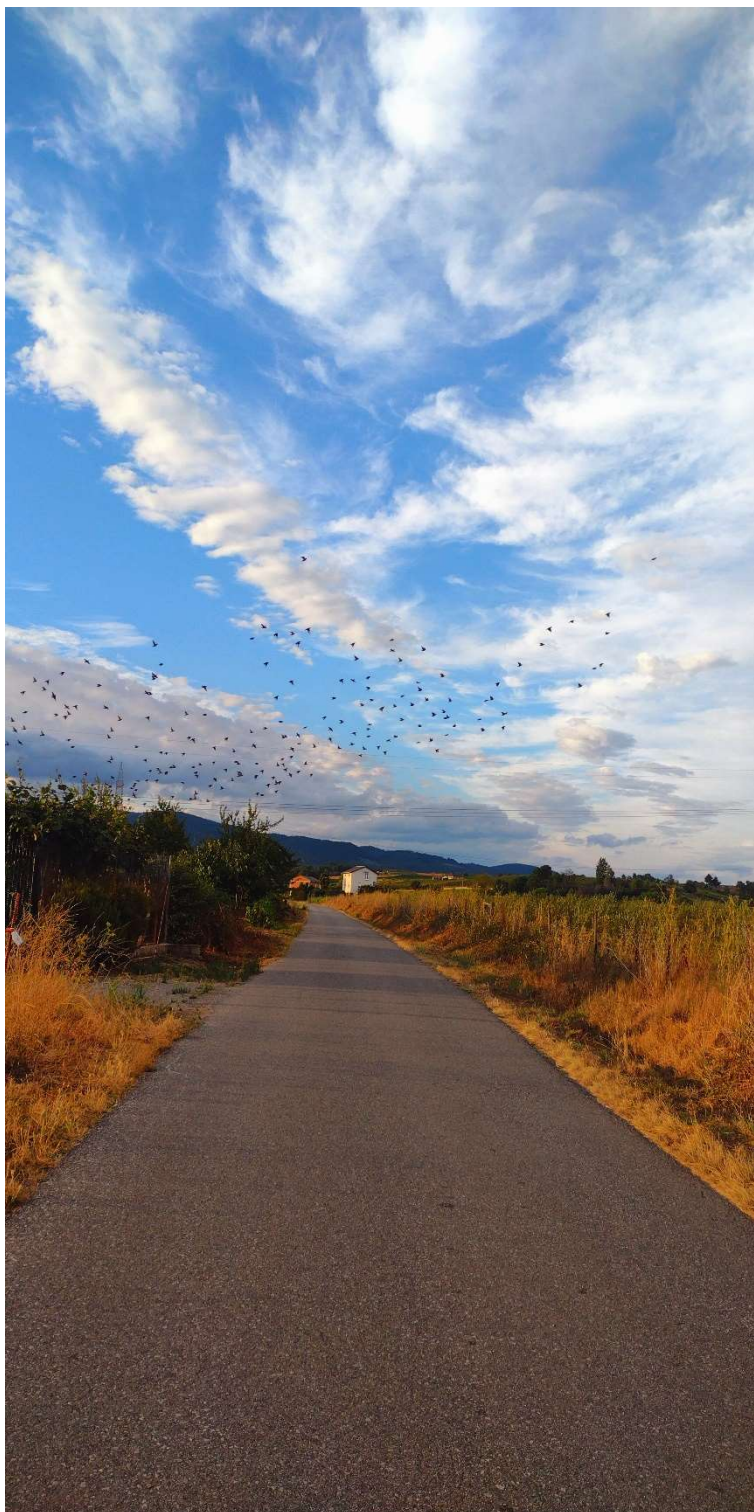
Parte final

Y el tiempo corre, no se detiene, ya no puede. Pero la chica no aminora el caminar, solo mira hacia el frente. Solo quiere ver la vida que le espera, tan activa como un tren, tan certera como la muerte. En vez de eso corre, porque es lo único que se le da bien, porque la oscuridad ya no se burla de ella, solo la observa cuando cae la noche y las estrellas no dan señal de vida, pero ella sabe que siempre estarán ahí para iluminarla en sus medianoches.

Porque cuando cae la noche piensa que un alma vieja con careta de mujer joven esta merodeando aquellos sitios más asombrosos, tratando de borrar un poco de lo que es con brillos tan encandilantes que olvida su propio corazón radiante.



Pájaros en vuelo



Leo Alonso

GERMINAR

Estoy como esa pala rota, ya no sirvo para trabajar. Cada mañana en que venís a visitarme me encuentro con un espejo rajado que solo me devuelve la mitad de mi rostro y de mi cuerpo. La mitad feliz. La que nunca tuvo que ser mutilada. La que pudo terminar el secundario, la mitad que se casó con vos y tuvo muchas hijas.

La vecina del cuarto dice que hay que ser agradecida en la vida. Cosa de ella. Si me concedes un favor, llévame a la huerta, la que teníamos en el fondo de la chacra, plántame con cariño y esmero, necesito volver a germinar.

Ramiro Saralegui

Paparruchas

Dobla una esquina de la idea.

Girala hacia la izquierda.

Estira de la otra punta.

Arruga el centro.

Arranca un trozo pequeño,

después separa una mitad.

Quema los bordes restantes.

Lo que queda

era la verdad.

Valentina Creus

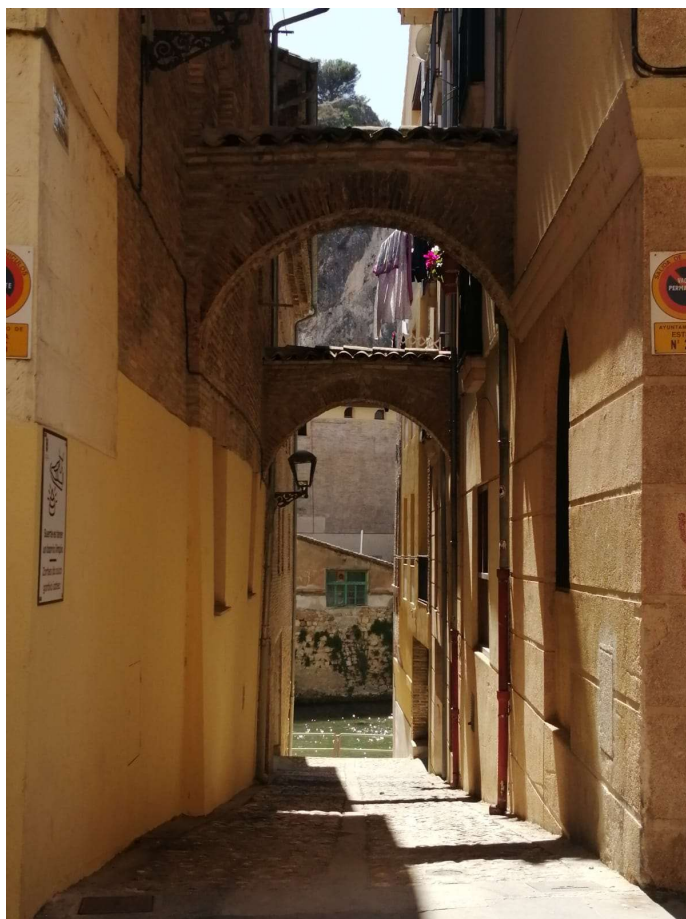
A ESPALDAS

Dragon Maikel

Lo hace siempre así. Abre los ojos tres minutos antes de que salte la alarma. Son las 7:57 am y él ya es todo vejiga. Por la mañana orina por cientos debido a los más de tres comprimidos que toma para aturdirse y conciliar el sueño. No es para menos. Lleva días de bastante ajeteo y hoy es el último de la campaña electoral. Aún así no hay lugar para qué esté nervioso. Las encuestas le dan por candidato ganador dejando muy atrás a los otros. A estas alturas tal vez las ingiera por pura adicción a tanta pastilla relajante como le prescribieron desde que comenzó esta vorágine de cazar votos. Luego suele tomarse un café

soluble con cara de tonto y se despabila, pero hoy, mientras su taza se está calentando, va y la fastidia. Ha dislocado el hombro a su gato chino de la fortuna que ha adquirido en una tienda del municipio de turno donde se hospeda durante la tarde de ayer (libre de actuaciones propagandísticas) para que le diera suerte en todos los ámbitos. Le sacaba de quicio su continuo vaivén con el brazo y el sonido de éste al bajar. Tras la luxación el amuleto ha abandonado su vertical movimiento. Al rato, antes de salir, intenta recolocárselo pero el mal ya está hecho, el daño es irreparable y su extremidad superior no se moverá nunca más.

Durante todo su esfuerzo destinado para influir en la decisión de la ciudadanía, se ha jugado el tipo con los cuatro elementos. Ha estado en primera línea de fuego con los bomberos que extinguían el espantoso incendio de Malpeón, y, además, en dos ocasiones ya que en la primera el cámara fue pasto de las llamas y tuvieron que volver al bosque a grabar el video promocional de nuevo, decisión muy polémica que utilizó la oposición para criticarle duramente en este periodo de preelecciones pero de la que salió airoso y reforzado cuando el pueblo pudo verle en sus televisores con las gafas cubiertas de hollín y la manguera de alta presión saliéndole de entre las piernas, pues se la había colocado así para contener los coletazos que daba cuando estaba encendida, ayudándose también con toda la fuerza de su tren superior. En tierra ha participado en la maratón solidaria por los desamparados, no llegando a realizar el trayecto entero por irse corriendo, como efectivamente lo hacía, a pilotar un helicóptero y conceder a una periodista desde las alturas una entrevista muy sudado, con una loable mancha de transpiración en la zona del pecho y haciendo alarde en la cinta de esta viril técnica suya de manejar una máquina como lo era aquella con gran precisión a la vez que con la misma suficiencia respondía a las preguntas. Sin



embargo, lo que ha hecho recientemente en terreno acuoso no tiene precedentes, cuando salió a faenar con los perceberos (él también es del norte) y les acometió un temporal durante el que otro más que captaba las imágenes fue herido grave por ahogamiento y sorteó la muerte sometiéndose de manera involuntaria a los primeros auxilios por parte del funcionario, que le besó largamente pero solo para salvarle mientras sostenía el aparato(que milagrosamente no cayó al agua) de forma torpe un marinero al que de un modo literal el político se lo pegó a la mano imponiéndole que apretara el botón Rec cuando trataba de salvar al operario. Mientras, la embarcación penduleaba como queriendo. Fue otro quien se tiró a al mar a recoger al técnico, pero eso no lo filmó nadie.

Todo este afán aventurero, y los peligros que implica para él mismo y quienes le acompañan, ha provocado que ninguno que grabe quiera trabajar más junto a él y se agrupen formando una asociación contra nuestro hombre, colectivo que le hizo cambiar de actitud y decantarse por los tradicionales baños de masas en tierra firme dejando las inclemencias aparte. Así colmó auditorios y plazas de toros. También salas de conciertos y hasta dio un mitin en un ring. Visitó a agricultores, ganaderos, mineros, apicultores y enólogos, y cuando no tenía nadie más a quien saludar marchó a ver a su madre que vivía cerca, la cual le vio envejecido dándole sabios consejos sobre su imagen. El más sensato de ellos fue que cuando estuviera en silencio no dejase la boca entreabierta.

En su último acto debe acariciar la crin de un equino ante un aluvión de fotógrafos e informadores, cuadrúpedo estabulado en las caballerizas Edmundo, conocidas a nivel nacional por su gran destreza en el salto. Conserva malos recuerdos de estos seres, incluso temor, pues su tío sufrió un traumatismo hepático por coz de caballo delante de él cuando solo era un niño y nunca volvió a ser el de antes. Lo que tiene que hacer ahora es sumamente sencillo. Aún así se ha preparado mentalmente. Ha aumentado el número de somníferos y recibido recomendaciones de sus asesores en cuanto al manejo de la distancia, el desplazamiento lateral, el paso hacia atrás y demás aspectos pugilísticos para eludir cualquier posibilidad por mínima que sea de correr una suerte parecida a la del hermano de su madre.

Al fin ha llegado el gran día y tras cruzar junto a su equipo el umbral de la cuadra (con paso no tan firme como le hubiera gustado debido al exceso de ansiolíticos que tomó la noche anterior) aprieta con su desentrenada zurda(la mano dominante la tenía hinchada por tres abejas que se escaparon de un colmenar durante una de sus visitas) las diestras de los encargados y se dirige junto al animal en cuestión para realizar un posado en el que la traca de instantáneas comienza nuevamente a inmortalizar sus ojos hundidos y grises, labios afinados y mentón de señora, al lado del rostro alargado e impassible del otro mamífero. Tan tiernas son las caricias que en su cuello mientras le proporciona que el caballo, ni corto ni perezoso, le pide más y como apoyándose en sus hombros con las patas delanteras comienza a frotar su miembro erecto en el sedoso tejido de su traje de Gucci lo que produce una gran descarga sobre la espalda y hombros de nuestro héroe, alcanzándole una franja del pelo y una oreja delante de los allí presentes y de todo el país, pues buena parte de ellos son comunicadores y están retransmitiendo en directo toda esta faena que le ocurre, hecho que le hizo convertirse en un auténtico hazmerreir y perder, contra todo pronóstico, las elecciones.

Cava y heredad

Hace muchos años, un viejo llegó a nuestra ciudad, huyendo de la guerra y la hambruna de su pueblo; buscaba algo de compasión, de ayuda y de humanidad, pero su aspecto andrajoso, enfermizo y hasta aterrador impidió que muchos se le acercaran. Su aspecto lo alejó de muchos, pero lo acercó a la persona correcta, porque así conoció a Facundo, un huérfano muy joven, trabajador, que estaba dispuesto a todo y quien no tenía mucho que perder. Inicialmente Facundo le ofreció la bodega de la familia al viejo, como espacio para que viviera y durmiera, mientras se establecía en la ciudad. El viejo pronto se adaptó al ritmo de vida de la ciudad, sus costumbres y sus habitantes y hasta inició su propio emprendimiento, vendiendo plantas medicinales y ornamentales, que negociaba en pueblos cercanos a la ciudad y las obtenía con personas que las cultivaban o recolectándolas desde su estado natural, para llevarlas a la plaza de mercado, donde las vendía, acompañándolas con algunas recomendaciones y curiosidades botánicas y gracias a ello se dio a conocer como una persona muy sabia en lo que respecta al mundo vegetal.

Con el tiempo, Facundo fue acercándose al viejo y notó cosas muy extrañas, como el hecho de que siempre daba un nombre diferente, pero siempre se identificaba con el mismo apellido: Ardila. A veces era Rubén Ardila, otros días era Alejandro Ardila, unos más fue Ernesto Ardila... y lo más llamativo era que no parecía que lo hiciera por mentiroso, se veía más como una persona que empieza a mostrar signos de deterioro cognitivo por su edad y por eso Facundo y todos los demás lo llamaban “El viejo Ardila” y así se evitaban el problema del nombre. El viejo Ardila efectivamente se mostraba algo enfermo y débil, pero siempre dispuesto y amable con todos, especialmente con Facundo, su benefactor, con quien compartían gastos y espacios, excepto a la hora de dormir, porque Facundo ocupada el pequeño cuarto que consiguió para dejar de habitar la bodega de la familia de Facundo. En este cuarto minúsculo solo cabía una cama sencilla, una pequeña mesa y poseía un baño casi ridículo de lo pequeño que era. Ducha, cocina y demás, eran espacios que le facilitaba su vecino Facundo. Como el viejo Ardila durmió en la bodega que Facundo arrendaba para guardar muchas cosas, en algunas noches de insomnio el viejo se quedaba allá y se dio a la tarea de catalogar lo que había en ese espacio. Una mañana le presentó el resultado de sus desvelos a Facundo: todo estaba ordenado, categorizado y marcado a mano, con lo cual se facilitaba la labor de cobrar por sus espacios, mejoraba la distribución y hasta encontró algunas cosas que, o bien Facundo había olvidado quien las dejó o bien estaban desde que él adquirió la bodega, porque no las recordaba. Y como esas cosas no tenían dueño conocido, ni nadie estaba pagando arriendo por ellas, procedieron a venderlas, excepto por unos barriles que el viejo Ardila insistió en que conservaran para un proyecto que él estaba desarrollando.

Desde esa noche Facundo notó que el viejo Ardila pasaba mucho tiempo despierto en su bodega y muy poco durmiendo en su ínfimo cuartito vecino; temiendo lo peor para su amigo, le preguntó si estaba enfermo, porque la luz se apagaba muy tarde y se encendía muy temprano y casi de inmediato se sintió culpable, porque no había buscado la forma de brindarle un espacio más acogedor o más humano a su amigo. Ardila se rio y le dijo que los viejos duermen poco de noche y que ya le llegaría a Facundo el momento de entender esto; además, esas horas de insomnio las aprovechaba para escribir “cosas de plantas” y agregó que, en este momento de su vida prefería ese espacio por encima de cualquier otro y tímidamente le solicitó regresar a él como residencia permanente. Obviamente Facundo accedió y al poco tiempo se enteró que el viejo Ardila había comprado un pequeño terreno cerca de la bodega, donde estaba cultivando varios vegetales cuyas semillas trajo desde su propio pueblo, aquel que abandonó por la violencia y falta de futuro. Allí tenía unos buenos cultivos, algunos bastante exóticos para la ciudad y la calidad de sus productos mejoró considerablemente; como su negocio mejoraba, ahora necesitaba trabajar su propia tierra y toda esa labor física resultaba más demandante de lo que el viejo Ardila calculó inicialmente; entonces Facundo abandonó su puesto como ayudante de mecánica y se ofreció a colaborarle al viejo en sus cultivos y proyectos, porque en menos tiempo que él, había logrado más cosas (hasta la compra del terreno a cultivar).

Cuando se habían establecido como cultivadores y vendedores exitosos, gracias al entusiasmo de Facundo y el conocimiento del viejo Ardila, llegó un visitante al pueblo. Era un amigo de infancia del viejo Ardila, quien solo le dejó tres grandes paquetes al viejo Ardila y siguió peregrinando, buscando su propio destino, y rechazando la hospitalidad del viejo Ardila, de Facundo mismo y de otras personas que quisieron ayudarlo a establecerse, pero este personaje consideró que su futuro estaba en otra parte y se fue. Con la llegada del amigo, el viejo Ardila desbordó de emoción y pareció hasta rejuvenecerse; resultó que una tarde, tras ese frenético impulso ganado con la visita de su misterioso amigo, llevó a Facundo hasta un terreno hermoso, un poco más lejano que el que poseían, pero mucho más tranquilo, cincuenta veces más grande y con una casa que, aunque modesta, se veía bastante acogedora. El viejo Ardila procedió a darle un recorrido a Facundo mostrándole todo y alabando en extremo las posibilidades de la tierra que tenían a sus pies y las múltiples posibilidades que ofrecía, según su experticia botánica. Casi parecía el dueño, de lo apropiado que estaba del terreno y sus características.

Al finalizar, Facundo lo interrogó sobre el motivo de este recorrido y allí el viejo Ardila destapó sus cartas: si vendían el puesto en el mercado, la actual tierra de cultivo, el producto de sus cosechas actuales y las semillas que aún conservaba de su pueblo, así como algunos otros cachivaches, les alcanzaba para pagar la cuota inicial de ese terreno, y así iniciar un viñedo, con las plantas que su amigo Yuri Baren había llevado en los misteriosos y grandes sacos. “¿Y la bodega?” preguntó Facundo “Esa es la mejor parte: ¡Es una cava perfecta! Tiene la iluminación, la humedad, el tamaño, la orientación, la ubicación, la ventilación... ¡Todas las condiciones para ser una gran cava para los vinos! Además, sospecho que los barriles que no vendimos son perfectos para contener el vino” Lo que pretendía el viejo Ardila era que Facundo lo ayudara a solicitar préstamos, porque al viejo, precisamente por viejo, no le iban a prestar dinero tan fácilmente; el plan era poder ir pagando el terreno y los insumos, mientras iniciaba la producción. Facundo lo dudó un poco, pero finalmente se adentró en la empresa y sellaron la promesa de compra con el dueño del terreno esa misma noche.

Iniciaron con un modesto cultivo, pero fueron consolidándose como un negocio real. El viejo Ardila era el genio detrás del milagro, porque realmente sabía de lo que hablaba y lo que hacía, en tanto que Facundo ponía su fuerza de trabajo y una actitud de aprendizaje permanente; la cosa es que este negocio no es a corto plazo ni sus secretos se conocen fácilmente, por lo cual una noche el viejo Ardila le entregó el cuaderno que había estado escribiendo durante muchas noches de insomnio. Era un manual completo, una bitácora, un diario y un vademécum, todo a la vez, que plasmaba todo lo que sabía el viejo sobre el vino, los viñedos, las cavas, los barriles, los odres y demás; gustosamente el viejo Ardila le pasó a Facundo ese cuaderno, agradeciéndole la oportunidad de volver a tener un viñedo, tal como tuvo en su pueblo antes de verse obligado a huir. Facundo lo recibió emocionado y hablaron de uvas, cavas, tierras, vinos y demás temas durante toda la noche. Se fueron a dormir casi a las 5 de la mañana y sobre las 10:30 que Facundo pudo levantarse, encontró muerto al viejo Ardila. Organizó el funeral, pero no pudo ubicar a nadie de su antigua vida, ni tan siquiera al misterioso Yuri Baren, por lo cual fue enterrado en esta ciudad y solo con presencia de sus nuevos amigos, sin un rastro de la antigua vida que llevó antes de llegar.

Solo y algo desolado por la pérdida de su gran amigo y mentor, Facundo se dedicó al trabajo y a sacar a flote la empresa vinícola, que ahora se llamaba “Cava ardilla” porque, el día después de la muerte del viejo, Facundo fue a recoger las cosas de su amigo y descubrió a una ardilla sobre las cosas del difunto y como homenaje a lo que fue el inicio de todo, la cava que emocionó al viejo, el mismo apellido “Ardila” tan parecido a “Ardilla” y la simpatía de Facundo por esos animalitos, hicieron que ese fuera el nombre escogido.

Los años pasaron, una esposa y seis hijos tuvo Facundo; él mismo llegó a morir y legar el negocio y el libro de los secretos del viejo Ardila a sus hijos, pero solo dos se interesaron en seguir al frente de todo. Ellos también tuvieron sus familias, pero solo uno de ellos tuvo hijos y uno de ellos se encargó del negocio y del libro cuando tuvo la experiencia, la madurez y la edad suficientes y tal vez fue quien más logró posicionar la marca, al punto de ser reconocida internacionalmente. Camilo Malaver era su nombre y creó un verdadero emporio con la marca “Cava ardilla” y pese a la gran expansión, mantenía la primera y vieja cava, así como el primer cultivo. Camilo siempre atribuyó su éxito a que se dedicó a estudiar procesos

tanto administrativos como técnicos que mejorarían todos los aspectos de la empresa, desde la contratación del personal, hasta el manejo de los suelos y las sepas a sembrar, dejándole también ese legado a su hija Gabriela quien dirigió la empresa tras la dimisión de su padre como gerente general. Gabriela Malaver era la gerente, pero en la junta directiva estaban algunos de sus hermanos y unos cuantos primos; entre todos trataban de mejorar las cosas para tener una empresa del siglo XXI, porque ya corrían por el año 2000 y por eso, tanto Gabriela como la totalidad de la junta directiva, planeaban que de todos los posibles sucesores, le sería encargada la empresa a aquel que más se preparara y obtuviera los mejores resultados académicos en temas que aportaran al futuro de la “Cava Ardilla”. Muchos de los jóvenes de la familia estaban interesados en llevar las riendas de la empresa familiar, en un futuro no muy lejano, por lo cual muchos entraron a estudiar con ese objetivo final y buscaban prepararse lo mejor posible para ser los gerentes del futuro. Ya en el 2018, con muchos de los que iniciaron a estudiar para reemplazar a Gabriela como parte de la junta directiva, la gerente decidió que era hora de dar un paso al costado y se abrió la posibilidad de que se postularan los interesados. Inmediatamente destacó Enrique Salazar, sobrino de Gabriela, quien por mucho superaba en notas, calificaciones, estudios y capacidades intelectuales a los demás; dado que él era quien mejor cumplía con la condición que se había establecido 18 años antes, fue elegido gerente general sin ninguna objeción. Y comenzó a aplicar ideas novedosas y radicales, pero pasando por encima de lo que fuera necesario: vendió la vieja cava, cambió los procesos de tratamiento de tierras, buscó empleados más eficientes y eliminó algunos puestos, automatizó procesos y despidió a muchos. Incluso, y sin que nadie lo supiera, dejó abandonado el libro del viejo Ardila en la vieja cava, cambió el logo de la empresa (que era, obviamente, una ardilla encima de unas botellas de vino reservadas en una cava) porque las ardillas no tenían impacto vinícola alguno y lo reemplazó por un monograma que mezclaba las iniciales de los tres apellidos más comunes en la familia: Salazar, Malaver y Soto. Impulsó experimentaciones genéticas con las uvas y, tras un periodo de transición de 5 años, ya la empresa era irreconocible, era otra.

Algunos le advirtieron que no podía ser tan radical ni debía olvidar algunas cosas tradicionales, pero Enrique se consideraba una persona moderna y pro-modernidad, de manera tal que también logró excluir de la empresa a todos los que tuvieran pensamientos anticuado-románticos, porque detenían el avance de la empresa. Otro de sus grandes logros fue destruir una empresa (la suya) con más de 130 años de historia y lo peor es que nunca entendió en dónde estuvo el error.

Un día, Oscar Schneider, el humilde empresario vinícola que le compró la vieja cava le escribió una carta que le explicó a Enrique en dónde estuvo el error. En esta carta se identificaba como descendiente de Yuri Baren, quien después de visitar al viejo Ardila llegó hasta Alemania buscando la tierra de sus ancestros. Allá se estableció, pero nunca pudo volver al negocio de las uvas. Sin embargo, la leyenda del conocimiento vinícola de Yuri pasó de generación en generación, hasta que recientemente él mismo, Oscar, había podido comprar algo de la época de su antepasado (la cava) y al investigar un poco, conoció la historia de Facundo, el viejo Ardila y Yuri. Además, encontró el libro del viejo Ardila y todo ello lo motivó a iniciar un pequeño, pero prospero viñedo al estilo de la ya desaparecida “Cava ardilla”. Le comentó que modernizar no está mal, pero siempre se deben respetar principios fundamentales. Cultivar uvas no es solo sembrar, abonar y cosechar; procesar el mosto no es solo un proceso técnico: hay una mística y un respeto por la labor, todo lo cual fue omitido por Enrique; en resumen, le informó que la empresa de la ardilla quebró por abandonar la mística y eso en cualquier negocio es una sentencia de muerte. Concluía ofreciéndole una sociedad para iniciar la marca “Bär reisender” (Oso viajero) llamada así en honor a Yuri. De esta historia solo quedan unas pocas botellas de “Cava ardilla” que se pueden conseguir y se espera que dentro de muy poco “Bär reisender” tome la fuerza que en su momento tuvo la marca de la ardilla. Por cierto: en el logo de la nueva compañía se ve a un oso con una gran bolsa a su espalda, rebosante de uvas y a una pequeña ardilla en el hombro que a su vez sostiene un viejo libro.

Cabecita de gato francés

DETRÁS DE CUATRO PAREDES CUALQUIERA

- ¿Qué te has creído, malcriada! Acaso te habremos criado... acaso yo te habré criado así.

Relincha la mamá de Marité esquivando los adornos de casa y dirigiéndose, aceleradamente, al cuarto de su hija. Lleva una sandalia en la mano derecha y una bolsa ziploc arrugada en la izquierda.

- ¿Qué tienes, mamá? No he hecho nada... - grita Marité, quien se mantiene sobre su cama y continúa con la mirada estampada en la pantalla del celular presionándola cada vez más rápido.

La puerta choca contra la pared turquesa. De un brinco Marité se levanta, se le cae el celular sobre la cama. Atenta, con el rabillo del ojo, se fija en que haya quedado de espaldas. Con tono alterado, su madre le recrimina acerca de la bolsa de marihuana que encontró en su mochila. Le intenta dar con la sandalia en el brazo, sin embargo, Marité se avienta a la cama logrando alejarse por el otro extremo.

- Mamá, no seas exagerada... solo es un poco de hierba. En el colegio todos ya...

- Así que en el colegio, en el colegio.. todos.. -tiró la hierba en la cama- no sé quien mierda te está metiendo esas ideas en la cabeza. ¿Cómo no está tu padre para que te ponga en tu lugar? Seguro él ya sabía, por eso se fue..

- Mamá relájate...

- Carajo ven, yo no estoy acá sola para criar drogadictas..

Vibró el celular. El sonido duró una eternidad. Sus miradas se cruzaron y ambas intentaron agarrarlo, solo lo logró Marité. Llamada perdida de Kenny, el novio de su mejor amiga.

- Me das el celular o te boto de la casa, mierda. Seguro son tus amigos que no pueden parar de consumir esa cochinado.

“Mari, he sacado buena grifa y mi viejo hoy también se queda de guardia, avísame si te puedes quedar a dormir conmigo” - decía un WhatsApp de Kenny. En lo que leyó el mensaje ya tenía a su madre al lado, apunto de arrancarle el celular. Marité se escabulló.

- Ven para acá, a mí no me vienes con huevadas. Tienes quince años y vives acá, haces lo que yo digo y punto -gritaba la mamá mientras la perseguía por la sala. No, si me sigues con esas huevadas, mejor ya no vivas acá.. lárgate, ya no eres mi hija - sacudiendo la sandalia con todas sus fuerzas

Mari escucha eso y deja de escapar, cerrando los ojos y con la cabeza hacia arriba, solo grita: vete a la mierda. Su madre soltó la sandalia. Al acercarse, la muchacha, con las lágrimas empapándole el rostro, corre hacia la puerta de la casa, escapando de ella. “Si no soy tu hija, ya no me verás”

La señora, quien estaba histérica, siente como mutan sus emociones. Su corazón, el cual ya estaba acelerado, empezó a latir más fuerte, el pecho empezó a destruirse a martillazos por dentro. Pasó de la ira al miedo. Había perdido a su esposo meses atrás y ahora, en el intento de educar a su hija, la estaba perdiendo también. En ese momento entendió lo que sucedía, si no cambiaba ella después sería muy tarde.

ISAAC SALAS ARBE



Loros

Sofía Loren

El rincón

de

Cristiane

Ventre



CADAQUÉS. 1925

Ana María contempla la ensenada desde la ventana del estudio de su hermano Salvador en Riba Pitxot. Un leve viento riza las aguas de la bahía y se adentra, amansado y refrescante, en tierra firme. En la estancia, sin embargo, hace calor.

Como una sombra, de pie en el fondo del cuarto, Dalí aplica las primeras pinceladas al que será uno de los últimos retratos de su hermana; el más célebre.

Ambos han pactado que el vestuario de la joven deberá armonizar con las franjas azules y blancas de las cortinas. Haciendo memoria, a escondidas de su padre, Anita se ha puesto un vestido de la madre muerta cuatro años atrás. Lo ha encontrado en el desván, al fondo de un baúl colmado de ropa vieja y mohosa. A su izquierda ha depositado la toalla con la que se ha secado el pelo, eso explica que este caiga en desorden sobre su espalda. El sol del mediodía choca contra el alféizar derramando reflejos lácteos sobre el vestido. A pesar de la ducha, el sudor no tarda en empapararlo y sus pliegues se adhieren, pegajosos, a la piel adolescente. Sin embargo, Anita es capaz de mantenerse inmóvil, obediente a cualquier indicación de su hermano. Así lleva poco más de una hora. Para no fatigarse carga el peso del cuerpo sobre la pierna izquierda, elevando la cadera hacia ese lado. La pierna derecha se apoya semiflexionada sobre la punta de unas zapatillas

. “¿Será porque le parezco fea?”, llega a especular con la fragilidad de sus diecisiete años

de ballet que no recuerda quién le regaló. Sus codos se afirman en el vano y el rostro permanece girado hacia la playa, desierta en esa época del año.

A ella le encanta posar para su hermano, aunque no termina de comprender por qué ahora la pinta siempre de espaldas. “¿Será porque le parezco fea?”, llega a especular con la fragilidad de sus diecisiete años. A Salvador, simplemente, no le interesa singularizar a la protagonista del cuadro. La mujer de la obra inconclusa puede ser cualquier mujer y así es como él quiere que sea, una silueta femenina recortada sobre una ventana mirando no se sabe qué. Eso sí, perfeccionista en los detalles, no olvida incluir al fondo un barco pesquero con su característica vela latina y el Ayuntamiento parcialmente reflejado en el cristal.

La joven bromea:

— ¡Salvador, el tonto mira el dedo!

Él continúa a lo suyo sin entender qué es lo que hace tanta gracia a su hermana. Ella tampoco se molesta en explicar, le divierte la situación: Alguien contemplando el culo de alguien que contempla... ¿Y si arrastrase a Salvador hasta el alféizar? Mejor no, tiene un carácter impredecible.

Anita comienza a sentirse cansada.

Por el pasillo se escuchan pasos que no son los acostumbrados de la criada para anunciar que la comida está en la mesa; son pasos viriles, imprevistos, que se acercan.

Al fin, una cabeza redonda, familiar y querida asoma por el hueco de la puerta y da los buenos días con acento sureño.

La muchacha se gira y corre a sus brazos dando un grito que resuena por toda la casa:

— ¡Federicoooo!

Francisco Robles

Visite la web del editor escritordaniel.es

OMEGA

FRANK JOE

La ceremonia luctuosa estaba a punto de iniciar; se habían dado cita grandes personalidades de los medios artísticos, culturales, científicos, políticos y de gobierno de los cinco continentes. Todos los medios de comunicación, nacionales e internacionales estaban presentes.

Esa tarde se despedía a Kevin “Omega” Ríos. El apodo se lo ganó hacía ya ocho años, pero tenía más de cincuenta que ingresó a los Estados Unidos de Norteamérica como migrante proveniente de Tlaxcala, México.

En territorio estadounidense hizo todo tipo de labores: jardinería, albañilería, plomería, limpia ventanas de edificios, limpia chimeneas, lava platos en restaurantes, fue mandadero y empleado de mostrador en diversas tiendas departamentales, pero en lo que más se desempeñó fue en el campo; en la recolección y cosecha de uva y hortalizas diversas; sin embargo, su principal mérito fue cumplir noventa y nueve años de edad; ciertamente eran muchos años; aun así, existían no pocas personas en el mundo que habían vivido más de cien años. ¿Por qué entonces Kevin “Omega” Ríos era tan especial?

Era una ceremonia muy conmovedora la de esa tarde en San Francisco, California, en la que se pronunciaron muchos memorables discursos en honor a “Omega” Ríos. Eran muchas las mujeres que estaban totalmente consternadas y desconsoladas, no tuvieron reparo en disimular sus lágrimas, las que en algunas de ellas se convirtieron en llanto, incluso desmayo, y no era para menos, Kevin “Omega” Ríos dejó de existir.

Entre los discursos se hizo una remembranza de como ocurrió todo aquello. Hacia casi cien años que la “gran roca” se impactó contra la Tierra, ciertamente ocasionó graves daños al planeta; varias ciudades desaparecieron completamente, el cielo se oscureció por semanas enteras, hasta que se disipó la nube de polvo y cenizas que envolvió al planeta; hubo una gran mortandad, pero poco a poco las cosas volvieron a su aparente cauce normal; la flora y fauna empezó a recuperarse y las personas, pese a sus grandes y lamentables pérdidas regresaron a sus vidas cotidianas.

No obstante y aunque regresó la calma, las cosas no volvieron a ser las mismas después de la caída del meteorito, al principio no lo notaron, fue hasta después de tres años de ocurrido el desastre que la gente finalmente comprendió cuál fue la mayor tragedia de ese evento.

¡Se había alterado el ADN de los humanos! El genoma humano se encontraba desequilibrado. La radiación que dejó la gran colisión suprimió el cromosoma “Y”. El daño era irreversible. No se escatimaron recursos de toda índole en favor de la investigación científica para que las cosas regresaran como eran en un principio; simplemente no había forma de lograr que la naturaleza volviera a ser como antes.

Ocurrió entonces una gran convulsión cuando se dio a conocer masivamente la noticia. Se bambolearon las estructuras sociales, políticas, económicas, culturales y religiosas del mundo entero. Nunca como hasta entonces los bancos de esperma tuvieron tanta importancia y tanta demanda. Dentro de lo malo, al menos una buena noticia: Se logró asegurar el nacimiento de bebés al menos por cinco siglos hacia el futuro.

Pero esa tarde los ojos del mundo entero se concentraban en la ceremonia luctuosa de Kevin “Omega” Ríos. Esa tarde se despedía al último hombre que quedaba en el planeta, ¡Sí!, era el último de su género, no quedaban más varones, ni nacerían más. En adelante la Tierra continuaría su marcha con el nacimiento único y exclusivo de niñas traídas al mundo por inseminación artificial o en laboratorio, las que en adelante serían llamadas niñas de probeta.

¡Sí!, por eso Kevin “Omega” Ríos era tan especial, porque fue el último hombre en el planeta Tierra.

Cedá, Una Historia Confidencial

El Fin de la Carrera

"La decisión final"

Las siguientes décadas se me fueron de las manos entre viajes y misiones. El dolor me encontró más que la alegría. Además, ya no era joven y estaba cansado, tanto física como mentalmente. Y quebrado de espíritu. Pero el momento decisivo fue cuando me adjudicaron una misión como la de China y yo me negué. Es que ya no estaba dispuesto a ser testigo de tanto sufrimiento, a ver almas desangrándose por la codicia y la malicia de los poderosos, niños hambrientos y padres ya faltos de lágrimas sin poder comprender por qué están enterrando a sus hijos.

Entonces fui convocado a una reunión en las oficinas de las Naciones Unidas en Madrid. Me recibieron tres directores regionales que comenzaron la reunión enumerando las ocasiones en las que mis misiones no habían sido exitosas, conflictos que tuve a lo largo del camino con algunas personas, y proyectos que abandoné sin completar. Una evaluación no muy positiva que me sorprendió mucho. Yo esperaba algún reconocimiento, un premio tal vez por la labor que había realizado.

"Tienes que decidir si este trabajo sigue siendo para tí, y si tú sigues siendo para este trabajo," me dijo una de las directoras, americana ella, en su hermoso español adornado con el acento de su idioma natal, y rociado de sabiduría.

Capítulo último

Mis decisiones me llevaron a donde estoy hoy. En lugar de echar raíces, había decidido viajar; en vez de formar una familia y construir un hogar, había elegido tener amigos y amores pasajeros, compañías maravillosas pero efímeras que sólo escondieron la soledad.

En realidad, no tengo en claro si yo elegí mi vida o si la vida eligió mis caminos por mí. Tal vez las dos opciones son verdad. Pero de nada sirve ahora hacerse esa pregunta. Lo que sí sirve es recordar al que fui con alegría y orgullo, y querer y perdonar al que soy. Hice lo que pude. Ahora se me acabó el tiempo. Así es que me encuentro hoy, entrado ya en los sesenta, solo, desarraigado y desprotegido. Es que mi médico me dió las malas nuevas: ya no me queda mucho. Tal vez sea mejor así ya que no sé qué haría si siguiese viviendo. Por suerte hay drogas para no sufrir. Sólo espero que el final sea rápido.

La miseria y el dolor que encontré en mi camino me enfermaron. Los golpes que recibí profundizaron las heridas. La oscuridad pudo más que la luz, los malos ganaron más veces que los buenos. Y hoy pago el precio por atreverme a remar en contra de la corriente por tanto tiempo. Me pregunto si hubiese sido mejor unirme a los malos, convertirme en uno de ellos. Sea cual fuese la respuesta, la verdad es que no habría podido, no estaba en mí. Pero quedé preso de mis decisiones. Así lo viví yo, así lo padecí. Estas serán entonces las últimas palabras que escribiré. Y las que finalmente me liberarán.

Dany Adatto

Convocatoria

Rincón de la patria chica

La revista de creación literaria y gráfica Caminante prosigue, en forma mensual, con 44 páginas a todo color. Ahora queremos saber desde donde nos lees o escribes. Mándanos una fotografía tuya en un lugar de tu lugar de residencia o país, con la portada de la revista. La publicaremos junto con unas líneas que nos escribas en esta misma sección. El archivo puede ser jpg, tiff o pdf. Resolución la de la cámara. Incluye un archivo de datos con tu fecha de nacimiento nombre completo y lugar de residencia. Al final del curso 2023/2024 daremos un premio de un premio de 50 euros y tres de 20 euros a las más simpáticas. Pero procura que se vez bien la Revista Y TÚ MISMO CON ELLA. (TENDRÁS QUE IMPRIMIR LA PORTADA)

Un abrazo para el camino

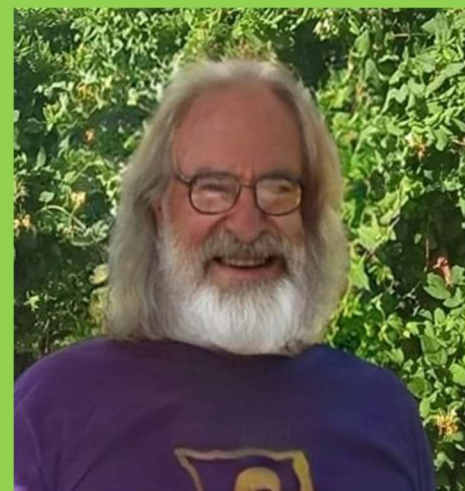
DANIEL COLLADO AZORÍN BIOARTIST

Daniel Collado Azorín -Madrid,1970
Es diplomado en Educación Musical por la Universidad Complutense. Es autor de seis poemarios: Ensueños de fría sombra (2012), Universo y corazón (2016), Cuaderno de León (2017), Antiguo, los poemas del cajón (2018), El cigarro de la cigarra (2018) y Alguien está en el silencio (2022). Tiene tres antologías de sus versos: Árbol de Líricas, Esencia, y Hermosía (2023)

En prosa tiene editados un libro de relatos, Todos eran mis alumnos (2007) y una colección de retales periodísticos titulada Lenguas de ocasión (2021). Tequerucho de Montijo (2022) es su tercer trabajo en prosa. Edita la Revista de creación literaria y gráfica Caminante. Ha dado numerosos recitales propios y con otros poetas y participa activamente en los micros abiertos de la ciudad de Madrid. También editó la revista Sentimientos invisibles. Es socio de la Asociación de Escritores de Madrid (AEM) y de la Asociación Poética Cervantina.

Su página web es

escritordaniel.es



El cuerpo de la realidad

Sobre los berridos del tráfico atascado, Luana busca distraerse, someter los rasgos a esa especie de limbo narcótico que tienen los pensantes, o los que por sí quedan ensimismados, desconectados del mundo, lejanos de cualquier sintonía terrestre. Ella no puede simularlo. Se complace mirando al coche que tiene delante a su izquierda; en el interior un chico juega haciendo volar con la mano un avioncito de color blanco con rayas rojas. La cara de la mujer vuelve a alertarse al capturar desde su interior el hecho que va a acontecer en un instante. En el espejo retrovisor los movimientos se suceden espectrales y furtivos. El hombre de pasamontañas, con una barreta entre las manos a punto de romperle el vidrio de la ventanilla de su coche, se detiene al ver que la puerta perceptiblemente se abre. Ella cierra los ojos, arroja el teléfono celular al asfalto y se deja llevar.

Unas semanas atrás, Luana, se libraba del embotellamiento habitual de esa hora y llegaba quince minutos tarde al penal para la entrevista con su defendido. El hombre sentado al otro lado de la mesa la miraba como disolviendo una rabia. Ella se adelantó y empezó exponiendo, como lo hacía con todos sus clientes, los contras que III tienen para el juicio:

-Fiscalía pedirá la máxima de quince años por narcotráfico, más los años por los homicidios que se le computan.

El otro la detuvo mostrando la palma de la mano y con una voz que dio el efecto de llegar reptando a la boca de quien hablaba, dijo:

-De chico mi abuelo me contaba que su padre había sido un orillero. ¿Sabe a quiénes se les nombraba de esa manera?, descendientes de los gauchos que se convirtieron en los compadritos, y gente con palabra. Muchos de ellos, como mi bisabuelo, fueron guardaespaldas de políticos. Los defendían con su vida, si era necesario, sin importar que los jefes se hubieran mandado alguna

cagada; y si se entendía que el escolta no era fiel, simplemente lo sacaban de circulación ¿me entiende? Hoy las cosas son diferentes, el traidor aparece en una zanja, pero a las mujeres hermosas les suceden otras cosas.

Ella mantuvo los hombros sueltos y gestos despreocupados, pero en la rigidez de la comisura de los labios, se podía intuir que reprimía un insulto y también, palabras asqueadas que en ese lugar no tendrían ningún efecto. Se percataba, en esos momentos, de que no existía más realidad que el cuerpo. Respondió con tono servicial:

-Todo ese palabrerío no hace falta Castillo- y como un reflejo guardó una carpeta sin abrir que estaba sobre la mesa. Luego agregó que todo iba a salir bien.

Maximiliano Castillo alzó la voz y preguntó por Ariel, el hermano menor, recluso en otra penitenciaría. Luana garantizó que se encontraba mejor que él en casi todos los aspectos y se marchó.

II

Al día siguiente en el estudio comentó con Gabriel, su colega, lo sucedido con Castillo. Él con una mirada blanda sonrió para dar espacio al lugar común en el que iban a caer sus palabras: "gajes del oficio". Después preguntó si iría a la fiesta organizada por Matías, esa noche. Luana afirmó. El otro como persuadiendo un malhumor, a lo largo del día, dijo que se enfocara en Ariel, su otro defendido, que era más joven y mantenía cierta sensibilidad intacta.

En el cuarto frente al espejo en ropa interior, Luana se deshacía de las camisas que no le gustaban arrojándola a la cama como si fueran gazas sucias. Al interrogatorio de Julián, hombre con quien vivía, respondió que no llegaría tarde, un colega ganó un importante caso y quería celebrarlo con una fiesta íntima, sí, con pocas personas.

III

Entre la música y humo de marihuana Gabriel comentó a Matías lo que le había sucedido a Luana con Castillo. El anfitrión no sonrió como lo hizo el otro y agregó que se había enterado de secuestros de colegas, en otras urbes más grandes y que a muchos los habían encontrado

antes de que les pasara algo gracias al GPS de celular.

Pero no había escuchado algo semejante que ocurriera todavía en la ciudad. Gabriel, luego de escanciar en las copas, hizo saber con un ademán que las levantaran y brindó por menos abogados aguafiestas y por más celebraciones de compañeros vencedores.

V

Desde el sillón del living Julián exultante formuló la pregunta capciosa mirando el reloj del celular:

- ¿Esto es temprano?

Luana miró de soslayo los músculos enervados de la cara del hombre, el whisky en el vaso y anunció que estaba cansada, se iría a dormir. Se encaminó hacia el cuarto, sin embargo, se retrasó. Tuvo la intención de contar un hecho gracioso de la fiesta, aunque torciera un poco su discurso para que deshilara la atmósfera pesada del living. Pero de los labios pintados solo salió un quejido ahogado por el golpe de puño en el estómago que propinó Julián. La mujer se dobló en dos. Antes de la segunda trompada en las costillas le cuestionó sobre los dos celulares que llevaba con ella y que uno lo mantenía con contraseña. Luego tomó la botella, la empujó y bebió el líquido restante. No lo vio acostarse vestido, mantuvo la mirada en las lejanías hasta que soltó la rigidez en las comisuras de la boca.

VI

El día del juicio Luana se cambió de ropa, se perfumó, se puso guantes, y caminó hacia la cocina con cuidado como alguien que no quisiera torcerse un tobillo en pisos irregulares. Abrió un cajón y tomó un cuchillo. Sintió que se deshacía un nudo de pesadumbre. Endureció las piernas para espantar un posible pavor o inquietud. Volvió sobre sus pasos con el mismo reparo hasta llegar al cuarto de baño en donde se duchaba Julián.

El cuchillo entró y salió del cuello del hombre dos veces. La víctima no gritó. Tocó con las manos la herida, no para tapar la hemorragia sino como si quisiera comprobarla, sentir que realmente existía. La mujer dejó que siguiera cayendo el agua caliente sobre el cuerpo desangrándose en la bañera. Salió de la casa. Llegó a la puerta trasera y rompió la cerradura de varios martillazos.

A la herramienta la dejó cerca del umbral. Hizo varias llamadas perdidas a Matías desde su segundo celular, luego lo silenció y escondió entre sus ropas, junto al arma homicida.

VII

Maximiliano Castillo no se sorprendió con la lectura de la sentencia. Escuchó que era culpable de todos los delitos que se le imputaban. Clavó la mirada en Luana, con bronca y encrespamiento dijo que ella iba a sentir en el cuerpo, y en pocos minutos, cada día que él pasaría en la cárcel. Ella sonrió y siguió haciéndolo hasta que salió del lugar. Subió al coche. Lo encendió. Dejó que el motor se calentara más que de costumbre. Miró la hora en el otro celular y lo dejó sobre la falda. Tomó las calles del centro. Llegaba justo. Era una más atascada en el tránsito. Trató de distraerse mirando al chico jugar con el avioncito, pero no tuvo éxito. Por el espejo retrovisor supo que llegaban.

Debajo de la capucha oscura la cara de Luana sonríe. Todo sucede como lo ha confesado Ariel Castillo. Solo resta dejar caer el arma asesina en la camioneta blanca con vidrios polarizados y esperar un poco más.

Hugo
Díaz

*Visiones y visitas***ANSIOLÍTICOS
Y REVOLUCIONES****J. V. Yago**

Ver la carretera llena el domingo estando el gasoil prohibitivo es casi tan inexplicable como ver que a nadie le parece raro formar parte de la sociedad que más ansiolíticos consume. Vivir sin ansiolíticos en la España se ha convertido en una gesta, en un acto heroico, en una imposible pirueta física y mental que pocos, muy pocos, pueden lograr. Lo del ingreso mínimo vital está muy bien —para mí vitalicio, si es posible—, como lo de las ayudas a todo quisque —una por aquí, gracias—, pero al racimote ministerial, con tanto secretario y subsecretario, le pasa desapercibido lo que ya es, desde hace tiempo, el martirio de los asalariados: el agobio, el nerviosismo, las ansiedades y los ataques de pánico. Igual que hay sillas ergonómicas para la espalda, o reposamuñecas para los metacarpianos, hacen falta medidas para que al personal no se lo coman los nervios, no se lo coma el trabajo, no se lo lleven los demonios.

El objetivo 2030 en lo laboral ha de ser que podamos vivir sin ansiolíticos; salir por los niños y volver; estirar las piernas un rato; hacer, con el salario de un empleado, el trabajo de un empleado. Estamos en el siglo xx, señores, y seguimos acabando la jornada más allá de las 19:00; llegando a casa con el tiempo justo para la ducha, la cena y una breve hibernación. Eso es frustrante, desesperante y muy estresante. Las nuevas generaciones ya no lo aceptan, y por eso hay tantos empleos que no se cubren. Si empieza uno a las 8, debe salir a las 15:00 —a las 15:00 en la calle, no empezando a recoger—. Más allá son ansiedades y angustias. No es galbana, es dignidad, y los jóvenes han llegado milagrosamente —desde la infancia consentida, la ignorancia inducida y la sordidez audiovisual— a esta conclusión revolucionaria.

Han hallado, además, la piedra filosofal, el truco del almendruco, el portillo secreto que la masa obrera llevaba siglos buscando sin éxito, la magia liberadora, la sublime taumaturgia de cuya imposibilidad nos habían convencido los poderes políticos, los poderes económicos y los poderes en la sombra, que son los peores porque obedecen al capricho de gentes aburridas: que se puede vivir sin trabajar.

La coacción del hambre ha volado por los aires. Ahora es el aspirante quien pone las condiciones. El niño malcriado, maleducado y blandengue ha salido, por una carambola inexplicable, tan arrojado, insolente y temerario —tan azote de la patronal— como un *outsider* de campanillas. Todos los caminos



llevan a Roma, y si en el pasado se alcanzaba la indestructibilidad por las privaciones y las penalidades, en el presente se alcanza por todo lo contrario. Cuando se ha tocado fondo y se ha sobrevivido se pierde por completo el miedo; pero también se pierde por no llegar a tenerlo, por inconsciencia pura, por indiferencia radical y por ausencia cósmica de principios y de proyectos. El nuevo proletariado impone su conveniencia porque así lo ha mamado, porque no conoce otra cosa y no quiere conocerla, porque si no, nada, que tengo ayudas, el tren es gratis, están mis padres y para una falta me saco en la manga dos fuets y cuatro sobaos. Parece que la revolución obrera del siglo xxi se hará sin tiros ni barricadas; que la carga se iniciará por donde nunca se había iniciado y dejará —ya está dejando— estupefactos a los jefesotes; que se logrará, de forma pacífica y con el mismo ningún diálogo de siempre, lo que no se había logrado en milenios de reivindicaciones y revueltas: trabajar sin tomar ansiolíticos; que habrá una clase obrera sin ansiedades ni depresiones, una masa laboral que no tomará benzodiacepinas y trabajará como nunca se ha trabajado: sin el menor espíritu de servicio y con el mayor desprecio al cliente, al paciente, al preguntante, al conciudadano. Todos los caminos llevan a Roma, en efecto, pero cada uno tiene sus gajes. De momento, y mientras llega esa revolución, seguiremos yendo a por el r cipe, a por el fármaco de olvidar el jueves y afrontar el viernes.

REDES SOCIALES

Mamá intenta inventar un cuento para su hijo Alan de ocho años. Había una vez..... Y Alan responde "No mamá, todos empiezan igual." Esta es la historia.... "Ninguna historia mamá, cuéntame algo interesante." Pompita era un conejito blanco que..... "No mamá, no sigas porque me imagino que vas a decirme que hablaba. Y los conejos no hablan." Su mamá se rinde y le ofrece que le pida al padre que le lea un cuento para dormirse y es ahí cuando Alan le responde que su papá le lee solamente Caperucita Roja porque se lo sabe de memoria y que a veces le cambia el papel al lobo. Ante el desconcierto de su mamá, el niño le dice: "Mira mamá, si no me leen cuentos que tengan algo de aventura, de intriga o de cualquier cosa que me haga pensar y entretener, no voy a tener más remedio que seguir mirando el celular. Tú y papá me dicen que use un rato y luego me dedique a otra cosa. Pero si no me ofrecen algo que me divierta, lo que me piden no va a ser posible." Es así que la madre de Alan resolvió reunirse con el padre y mantener una conversación que les resultara útil para encontrar la forma de cambiar el tiempo de su hijo en el celular por algo que lo atrapara realmente. Alan ya cumplió los nueve y los padres aún no tienen la solución. La vida, los problemas cotidianos, vaya uno a saber cuál es la causa. Se me ocurre que sería muy importante incluir a Alan en esa conversación.

Susana Fabregat, Montevideo

enero - El presente ya es pasado, labra el futuro.

febrero - Fácilmente conseguimos objetivos superficiales.

marzo - Mientras avanzamos, descubrimos siluetas fantasmales.

abril - Admitir disculpas por interés, nos aleja de ser honestos.

mayo - Momentos mágicos, avivan sentimientos frustrados.

junio - Juegos alternativos, calman el ansia de poder.

julio - Jamás renuncies por complacer, genera arrepentimiento.

agosto - Acercarse como amigo, fortalece y engrandece.

septiembre - Si tu cara dibuja una sonrisa, siéntela.

octubre - Otras sendas son posibles, descúbrelas.

noviembre - No manifiestes tu vulnerabilidad.

diciembre - Deléitate y disfruta, en breve comienza un nuevo ciclo.

M^a del Carmen Marruecos Alonso

EL POETA

El fuego primordial se hizo sonido, aire, agua, tierra, átomo, célula, carne viva en el universo solitario. Las almas arden en la columna vertebral y tocan el metal de las campanas las vibraciones del caos. Las estrellas se alejaron como antorchas de los corazones perdidos y grandes abismos gritaron sobre lagos turbios y despiertos. Si el alma del poeta no sangra, los poemas caerán muertos cada noche sin sueños. Cada noche es un viaje, cada metáfora será creada como un monstruo por la tierra enferma. Cada aurora será un desafío, cada crepúsculo una condena. Nada fue con el poeta, nada salvo la rosa de los alquimistas o los pétalos marchitos o los cuentos de las pesadillas o los mitos del inconsciente de Freud o los dioses primigenios de Lovecraft. Nada fue con el poeta o el héroe cantado por Homero. Nada fue salvo Nietzsche y Rimbaud y quizás Blake. Nada salvo Huidobro y Neruda o las estrellas en el infierno o las curvas de Einstein. Las palabras ya no bastan al poeta, necesita otros lenguajes que no estén rotos, nuevos desafíos, nuevas estrellas, nuevos mitos, un sexto sentido. El poeta necesita nuevos mundos en los que poder arder, cada poeta es un pequeño dios o un barco hundido con una sirena ahogada.

César Alfonso Viñas

EL TIEMPO DEL ESCRITOR

Reynaldo Bernal Cárdenas

(Colombia)

¿Se puede ser escritor a una mediana edad, es decir, a una edad en la cual no esperaríamos que a nadie se le ocurriese la idea de cambiar de profesión? O, dicho de modo más preciso: ¿Se puede llegar a ser buen escritor si se ha empezado en estas lides, por ejemplo, a los cincuenta, sesenta o más años, o acaso después de la jubilación? Es claro que, aunque los ejemplos no abundan, la historia sí muestra uno que otro caso. Ahora bien, ¿cuántos son significativos?, apostaría a que no son tantos como uno supondría. Frank McCourt se dice que publicó su primer libro a los sesenta y seis años. No sería hasta los cincuenta y cinco cuando Charles Perrault escribió 'Cuentos de mamá ganso'. El príncipe de Lampedusa no tuvo especial interés por la creación literaria hasta los cincuenta y ocho años. Isaak Dinesen comienza su carrera literaria a los cincuenta, y Sam Savage a los sesenta y cinco.

La cuestión –que en sí misma parece irrelevante– se me convirtió en una fijación desde dos mil diecisiete, año en que, con cincuenta y cinco encima, y abocado a la penosa coyuntura de un divorcio, decidí llevar una vida diletante, y dedicar mi tiempo libre a la escritura. Sin embargo, cuando leí la lapidaria sentencia de García Márquez, la conclusión se tornó clarísima: "El oficio de escritor, sus técnicas, sus recursos estructurales y hasta su minuciosa y oculta carpintería hay aprenderlos en la juventud. En realidad, hasta los treinta años uno escribe a chorros, se le ocurre más de lo que puede digerir, y se piensa que los conocimientos artesanales son un estorbo y que es mejor la espontaneidad. En ese momento es verdad, pero cuando la espontaneidad se acaba uno se queda sin nada si no aprendió a tiempo la sabiduría, porque los escritores somos como los loros que no aprenden a hablar después de viejos".

¡Loro viejo no aprende a hablar! Esa contundente oración, aparte de gritarte "¡abuelo, no pierdas el tiempo intentándolo!" tiene cierto matiz de irrefutabilidad indesligable de la grandeza de quien la pronunció, y advierte con dureza que la juventud es una condición sine qua non para aventurarse a tomar la pluma por primera vez. Procurando no desalentarme, apelé a la ilusión, esto es, al beneficio de la duda, como cuando te recomiendan pedir una segunda opinión pese a que el diagnóstico funesto fue emitido por un médico reputado. Una esperanza idiota, claro.

Después de infinitas consideraciones, e invocando los saberes de la ciencia respecto a los efectos de la edad en el deterioro cognitivo del cerebro, solo hallé evidencias de que cualquier actividad que mueva a pensar, es útil. Pero mi interés procuraba discernir si más allá del mero hecho de acoger el acto de la escritura como ejercicio mental, se puede llegar a ser buen escritor. Porque al

parecer, no todo depende de lo sano que tengamos el cerebro, sino también de algún tipo de ímpetu que solo se posee en la mocedad. Era a lo que se refería Gabo.

Con deducciones cada vez más imprecisas, inferí que la pregunta había que trasladársela a quienes han tenido la literatura como medio de vida y han participado en la formación de nuevas generaciones de escritores, tanto en aulas universitarias como en espacios menos formales, por ej., talleres literarios. Lanzaría el balón al terreno de aquellos que desde muy jóvenes comprendieron y aceptaron el llamado de los libros. A los maestros. Sin duda que, conociendo de primera mano el proceso escalonado de numerosos estudiantes, sabrían dictar valiosas conclusiones. De mi parte, pensé, correspondía únicamente la decisión de intentarlo, de sumergirme valientemente en el mundo de las técnicas narrativas y ver qué sucedía. Me sentaría cara a cara con la hoja en blanco. La desafiaría. Una cita de Paul Auster, que aparentaba ir en contravía a lo expresado por el Nobel colombiano, alentó aún más mi determinación: "En literatura no hay genios precoces, no es posible. Se pueden dar en música, en artes plásticas, en ajedrez, en matemáticas, pero en literatura no porque para dominar el lenguaje hace falta que pase mucho tiempo".

A esa altura de las cosas, y como aportación para dilucidar en algo el asunto, reconozco que solo puedo referir mi experiencia personal y, en últimas, dar una mera opinión.

Tengo cincuenta y nueve años y, creo haberlo dicho, volví los ojos a la literatura a los cincuenta y cinco. Al principio fue un simple y renovado interés en la lectura, quizá por aburrimiento. Luego busqué en internet sitios dedicados a la divulgación, bibliotecas virtuales, específicamente de cuento, pues mis expectativas como literato no podían ir más allá. Me volví seguidor de Narrativa Breve.com por la excelente selección de obras y autores, también por la lista de los 1001 mejores cuentos de la historia. Si iba a aprender de alguien, sería de los grandes, así que asumí el reto de leer uno o dos cuentos de la lista cada día. Tiempo después empecé a escribir relatos muy cortos que en su momento creí prodigiosos. Tuve incluso la osadía de enviarlos a concursos en línea o por correo ordinario. Sin embargo, mi mayor atrevimiento consistió en contactar con el escritor extremeño, y profesor, Francisco Rodríguez Criado, creador del reconocido blog, y enviarle un par de historias (desastrosas, por cierto) que en mi ilusoria imaginación veía ya publicadas. Huelga decir que fueron ignoradas. Como tuve el suficiente sentido común para intuir que mi visión era poco realista —y seguía con el anhelo intacto—, me inscribí en un primer taller literario. La buena experiencia de exponer mis textos a otros, y recibir comentarios de primera mano, fue enriqueciendo mi panorama, de modo que poco a poco me

Tengo cincuenta y nueve años y, creo haberlo dicho, volví los ojos a la literatura a los cincuenta y cinco. Al principio fue un simple y renovado interés en la lectura, quizá por aburrimiento.

adentré en el fascinante mundo de la ficción y fui ajustando un decente pulso narrativo. Me volví obsesivo con la lectura consciente, con la corrección y la musicalidad de las frases, de los párrafos, es decir, con el ritmo. Me ocupé no solo en contar bien una historia, y en concebir personajes sólidos, sino en mimar el lenguaje. Leía con lápiz en la mano, tomaba nota de cuantos artilugios se me revelaban en páginas y páginas de lectura.

Me percataría, mucho después, que no es que no me haya picado nunca el bichito literario, de hecho, de niño leía cuanto caía en mis manos, y tenía una afición particular por los comics y las ediciones de bolsillo de wésterns norteamericanos. También recuerdo a Genaro Carrero (un barcelonés muy amable, profesor de español durante mi bachillerato) alentándome a escribir, pues advertía cierto potencial en su estudiante. El último año gané incluso un modesto concurso de cuento a nivel escolar. Sin embargo, los caminos de la vida se bifurcaron, alejándome por décadas de ese interés. En suma, creo que una tardía inclinación hacia las lides literarias obedece, de alguna manera, al hecho de que siempre la tuvimos, pero que por las razones que sea no atendimos tempranamente.

En fin, resultó que, al cabo de tres años de estudios, de numerosas jornadas de traspaso, y otras tantas de ingente trabajo, mis relatos comenzaron a aparecer publicados en blogs de literatura online, periódicos, radios, revistas y antologías impresas, otorgándoseme de paso el 'título' de escritor (con el cual no me siento muy cómodo). Y, aparte de ser finalista en algunos concursos, hubo una satisfacción especial el día en que mi nombre apareció en Narrativa Breve.com; más aún, cuando alguno de los cuentos allí publicados fue calificado generosamente por su creador como joya literaria. Parecía haber pasado el examen. No digo que en tres años te vuelves escritor, eso es imposible. Solo digo que, si no habías escrito antes, o al menos no de forma consagrada, es posible que esforzándote lo suficiente, y con cierta dosis de talento, quizá logres escribir unas cuantas cuartillas decentes en pocos años.

Para concluir: ¿Se puede llegar a ser buen escritor a los cincuenta, sesenta o más años? En mi opinión, sí. Pero es una labor titánica que tendrá siempre el factor tiempo en contra, porque pretender recuperar en corto plazo lo no aprendido en la juventud requerirá redoblar esfuerzos, hacer enormes concesiones y sacrificios a los cuales podríamos no estar dispuestos. Habrá que renunciar de repente a la apacibilidad de una jubilación gratificante para adentrarnos en terrenos inhóspitos y peligrosos que bien podrían dejar más frustraciones que satisfacciones. Asimismo, debemos entender que, de llegarse a dominar decorosamente el oficio, la obra global no será muy prolífica. Esto significa, sin rodeos, que el éxito masivo ya no está a nuestro alcance. Otro aspecto para considerar es que no importa qué buen profesor se tenga, puede ser un premio Nobel, él jamás nos convertirá en escritores, eso depende solo de nuestro trabajo.

Si encuentra usted que una de estas razones le genera temor o antipatía, angustia o frustración anticipada, quizá deba distraer su mirada y no complicarse, dedicarse a dar de comer a las palomas, ayudar a cuidar sus nietos, o disfrutar los placeres de la vida; pero si usted es de temperamento obcecado,

y ni la contundente sentencia de un Nobel lo detiene, comience ya a leer a los grandes, inscribábase en cuanto taller literario pueda (o lo admitan), olvídense de la vida social, y esté dispuesto a que digan 'el abuelo enloqueció', porque si siempre escuchó el llamado de la vocación, pero las circunstancias no le permitieron dedicarse a ella, quizá haya llegado el momento. Además, siempre será una ventaja la experiencia acumulada y la perspectiva de la vida a esta edad. Pero sepa que ya no estamos para un Nobel, ni tan siquiera para un premio relevante. No nos mueve eso en realidad, sino la posibilidad de permanecer vivos en unas páginas aun cuando hayamos dejado este plano terrenal, tal como sucedió con Laura Ingalls Wilder.

Sí, quizá nos llegó el momento. El momento de intentar ser buenos escritores. Porque ni el mismísimo Gabo, en sus maravillosas páginas, imaginó jamás que pudiese existir, más allá de cualquier lógica, una extraña raza de loros que después de viejos sí aprendiese a decir algo.

Mi amiga tacaña

Es complicado en la generosidad de la amistad encontrarse con una gran amiga tacaña. Una ya lo sabe. Y ante el gesto avaricioso de la amiga de no llevar nunca efectivo, le surge ser especialmente espléndida. Como si de esa manera, la amiga, muy amiga, tuviera la oportunidad de renunciar a su avaricia. Una sabe que gana muy bien, tres o cuatro veces más que una, que se permite todo tipo de viajes, lujos y que no escatima en ropa, restaurantes, antojos superfluos... pero a la hora de pagar algo compartido, consigue escaquearse porque no lleva efectivo, porque la tarjeta no funciona... y luego... "te haré un bizum, yo invito a la siguiente, luego hacemos cuentas...". Pero eso nunca ocurre, porque su tacañería es voraz y la desmemoria al instante. En cambio, si por lo que sea... su amigo de pagar funciona, reiterará insistente el monto que le debes, por supuesto redondeado a su favor.

Como decía, es especialmente complicado que tu amiga, muy buena amiga, no te lleve a su terreno de la medida. Una se descubre haciendo cuentas rocambolescas donde nada fluye, y entra en ese registro mental en que todo es medible. La amistad entonces aparece en kilos, kilómetros, amperios, litros... cuando parecía que su intangibilidad era etérea. Ay amiga...

Esta amiga, me estaba contando un problema importante en su vida. Se había pedido dos cafés, yo sólo uno. Cuando tomé la palabra para empatizar con ella, decirle que seguramente los caminos que reconducen un matrimonio estaban a su alcance... entonces, trajeron la cuenta.

Pensé que haríamos el gesto de pagar a la vez. Pero no. Lo hice yo sola y el camarero pasó mi tarjeta sin dilación, ajeno a los trasfondos de nuestra amistad. Ella siguió enmarañada en su laberinto emocional. Entonces fue cuando ocurrió. Mi empatía se tornó cicatera. Y ya no pude soltar el timón. Tenía que dejar a ese marido arrogante, seguramente amante de alguien más joven. Debía ser insoportable compartir vida con alguien así. Mi amiga, buena amiga, torció el gesto, una mueca áspera, de incompreensión. Y sí, el dinero lo enturbia todo, nuestra amistad y su matrimonio.

Ahora, sé que están teniendo problemas para el divorcio, la abogada está luchando económicamente por ella. Donde ya no me voy a meter es en advertirle a la abogada lo difícil que será cobrarle. Hay cuestiones capitalistas que prevalecen sobre cualquier ideal romántico.

Yo sigo defendiendo que es una buena amiga, muy buena amiga. Ojalá algún día, Dios me lo pague.

Sol

Kliczkowski

SOLO ELLA (A mi madre)

Sol, agua, cielo, vida...
amor a cataratas.
Verde infinito
un todo y un nada.

Manos abiertas hoy ajadas
lágrimas olvidadas
miedo a volar, a sentir
miedo a ser, a vivir...

¿Por qué no miré ese
sol de frente que un día
cegó mi infancia?
¿por qué se veló tras
la sombra en la distancia?

Aún me queda tiempo
con mis prisas
me acercaré a ella
a fuego lento.

Mío es su presente
míos son sus besos
nada es todo y
todo es eso.

Cerraré los ojos y
brillarán miles de estrellas
pero solo una
solo ella.

La amaré a cataratas
como el mar infinito
como el azul del cielo.
La viviré porque sé
que aún estoy a tiempo...

Alicia Ruiz Pascual

Primer Amor

Ya lo sabe hasta el amanecer,
se lo conté a las estrellas,
la luna me vio por ti fallecer.

Del atardecer para ti tomé fotografías.
Las rosas se enteraron al clavarme
sus espinas mientras creaba para ti
el ramo más bello.

Como el cielo perlas en tus ojos vi reflejadas,
mientras yo te acariciaba el cabello.

Mi almohada sabe lo mucho que te he llorado,
mis sábanas han cubierto
el miedo de perderte,

el techo está agotado de mi mirada ausente,
el reloj detesta que le pida un deseo
cuando al ver una hora espejo
sólo puedo pensarte.

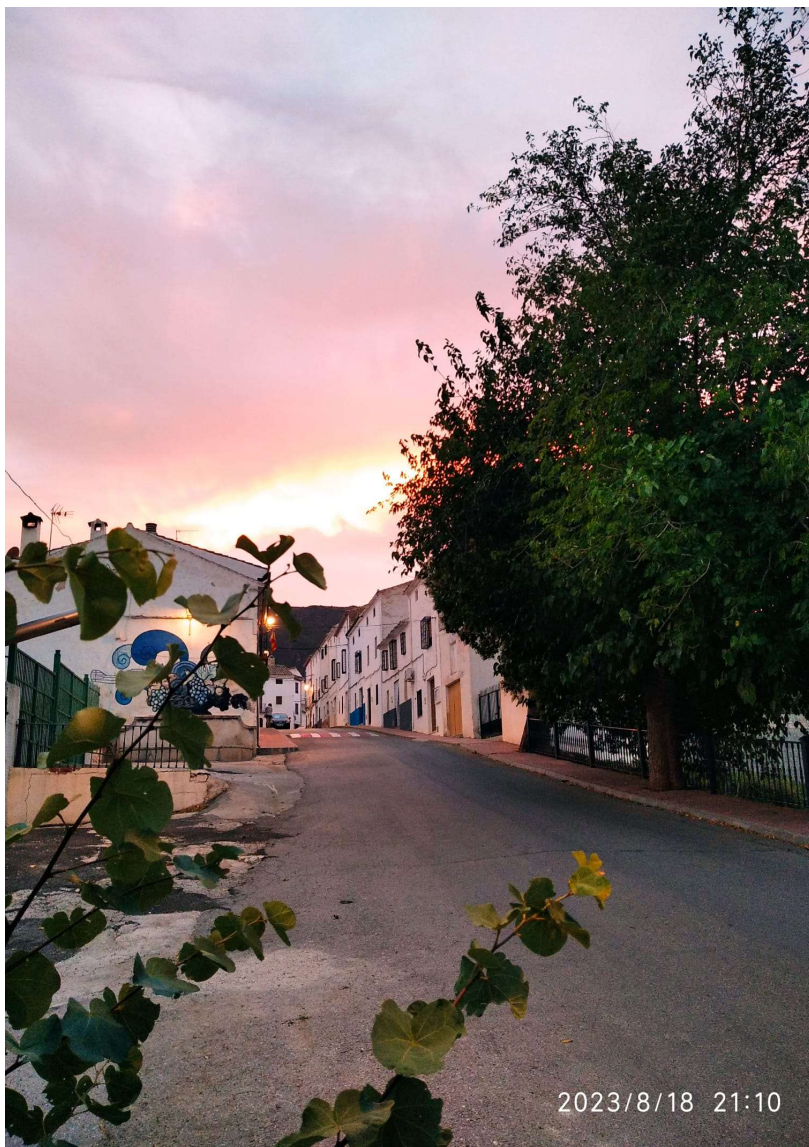
mis lágrimas tienen nombre y apellidos,
mis ojos tienen un claro objetivo,
mis oídos desean escuchar
sus melodías favoritas
mi alma en pena por ti se marchita.

Y tú,
haciendo tu vida,
mientras yo,
pierdo la mía.

Andrea Ferris

Vitrina

No sé cómo llegué a esta silla de cafetería, pegada al ventanal que separa la calle del lugar. Necesitaba un rincón para estar triste. Me distraen. Cada uno que pasa mira por la vidriera y entre las tortas aparezco yo. Algunos frenan para elegir su preferida. Ella insiste que quiere la de chocolate, y él la convence de elegir la de duraznos. Este olor a café recién molido me recuerda a mi infancia en casa de mi abuela. Ella me mandaba a buscar en la vitrina las tazas para el café, y yo me dispersaba con las estatuillas, entonces aparecía por detrás y me prometía que esa de la nena con el pajarito iba a ser mía cuando fuera grande, que ella mientras tanto me la cuidaba. La mesera me sirve un café en jarrito. Y es un jarrito largo como este día. Al primer sorbo me quemó la lengua. Entonces lo espero al café como esperan los padres a la salida del colegio. Pienso en tomarlo cuando deje de hacer humo. El café dice algo y yo me acerco a la taza para escuchar. El jarrito se alarga como un túnel que atraviesa el ventanal.



2023/8/18 21:10

Me mira la señora por la calle y sus piernas siguen paso pero se le pegan los ojos a mi almita de estatuilla. Con pena me mira la señora y retuerce el cuello para seguir mirando. Detrás aparece mi abuela con los café y al lado suyo esta la nena con el pajarito. Todos se detienen a ver cómo caen mis ojos por el túnel. La nena de porcelana me llama para jugar, yo me acerco pero se empaña todo y la pierdo de vista.

La señora hace señas a través del vidrio. Intenta atajarme los ojos. El paseador de perros amarra los perros a su cintura y se para firme como un árbol, y me mira como miraría un sauce y uno de los perros le mea los pies. La mesera frota con un trapo los tobillos del paseador. Una familia se para a elegir la torta de cumpleaños. La niña señala mi cabeza. La madre le dice que no. El padre le señala la de merengue. La nena hace berrinche porque quiere la cabeza de mujer. La abuela le dice que es de ella, que mientras elija alguna de las otras, que ella le cuida la cabeza de mujer y cuando sea grande se la va a dar.

Martina Dondero

Adriana E. Quintana

